José Gómez Muñoz

LEYENDAS DEL RÍO DARRO



30 Relatos breves del río de la Alhambra, en Granada

Diamantes líquidos, azul claro
son las cantarinas aguas
que van por el Darro,
desde la nieve en las montañas,
bajan llorando
y entre torres y murallas
se hacen lagos
en los jardines de la Alhambra.

ÍNDICE

El cascabel del Albaicín

Nació una mañana de otoño de cielo azul, suave vientecillo con olor a hojas secas y luz un poco apagada. Justo en la humilde casa que sus padres habían construido al borde mismo del río Darro. Casi rozando las aguas, por completo frente a la Alhambra, en la colina al levante y donde las hermosas casas del Albaicín, se esturreaban ladera abajo hacia el río y hacia la Alhambra. Y nada más nacer y verla, la anciana dijo a la madre:
- Esta niña trae con ella una gracia que nadie ha tenido nunca por aquí.
Le preguntó la madre:
- ¿Qué gracia trae con ella?
- Cuídala mucho y que crezca sana y fuerte. Ya te darás cuenta en cuanto sea un poco mayor.

Creció la niña y todos en el barrio la querían mucho. Por lo alegre que era, por las ganas de jugar que tenía siempre y, sobre todo, por su risa. Cuando iba de un lado para otro, cogida de la mano de su madre, con sus amigas o vecinos, siempre, con cualquier cosa, se reía. Y cuando de su boca salían las notas de sus risas, todos miraban y se quedaban como extasiados. Algunos decían:
- Parece un ruiseñor enamorado y desgranando su mejor canción al llegar el día.
Y un vecino algo mayor que también la quería mucho, un día comentó:
- Su risa es como la música de un alegre cascabel. ¿No os dais cuenta como cada vez que ríe parece como si engarzara un collar de notas con todos los sonidos de las escala?
- Sí, desde luego que lo que dices es muy acertado. Nadie en este barrio ni en toda Granada ni tampoco en la Alhambra, tiene ni ha tenido nunca una risa tan maravillosa como la de ella.

Y según iba creciendo, tenía más y más amigos. Hasta que poco a poco junto tres pequeños grupos: los vecinos y amigos así de su edad y que vivían cerca de su casa, la muchacha de la flauta, un poco mayor que ella y que vivía a media ladera entre el río Darro y la parte alta del barrio y la dulce anciana de la casa chica, un poco a la derecha donde vivía ella. Era esta anciana, según la niña, la más generosa y con la que ella compartía mucho tiempo. Le decía a su madre:
- Vive sola, apenas tiene fuerzas, se pasa muchas horas mirando por la ventana para la colina de la Alhambra y nunca se enfada conmigo. Siempre me regala besos y le gusta mucho oírme reír. Dice ella que mis risas son como pompas de colores que, además de curar las heridas del corazón, llenan de entusiasmo y abre las puertas del cielo.
- Pues sed tú buena con ella, hija mía y regálale toda la alegría que puedas. Quizá ella te lleve algún día de la mano, al cielo que ilumina tus risas.

El otro grupo de amigos, era el de sus vecinos y conocidos más cercanos. Muchas tardes se juntaban ellos, se iban a las aguas del río Darro, por donde la corriente se desparramaba en pequeñas playas y se ponían a jugar con algún palo o pelota de trapo. Y cuando algunos de los amigos se caían al agua o tropezaba en la

hierba, ella siempre se reía. Todos, al momento, dejaban sus juegos, la miraban, miraban para la Alhambra y decían:
- Tus risas son como los sonidos de un cascabel que desgranan notas de colores y en todos los tamaños.
Y como ella no sabía qué decir, les pedía a los amigos seguir jugando. Reanudaban el juego y cuando ya terminaban y cada uno se marchaba a su casa, a ella le gustaba mucho pasar por delante de la puerta de la casa de la amiga de la flauta. Muchas veces se la encontraba sentada en el umbral de la puerta, tocando su flauta e intentando imitar las risas que salían de la garganta de la niña. Y cuando casi lo conseguía, cogía un papel y con un trozo de palo quemado por la punta, escribía. A veces, círculos pequeños, otras veces, algo más grandes, como puntos negros, algunos y a distintas alturas. Al verla la niña le preguntaba a su amiga:
- ¿Para qué escribes esto?
- Voy a coleccionar todas las melodías que tú desgranas cuando te ríes.
- No lo entiendo.
- Pero a mí me gusta porque es un juego divertido y bello.
- ¿Y qué harás cuando tengas muchas melodías escritas?
- Simplemente coleccionarlas y conservarlas muy bien por si algún día, alguien las necesita.

Y un día, estaba ella jugando en la puerta de su casa, a primeras horas de la mañana. Por la calle bajó un hombre conocido suyo y amigo de sus padres, montado en un borriquillo. Al llegar a su altura, la saludó y le preguntó:
- ¿Y tus amigos?
- Aun no han venido. Tú, ¿a dónde vas?
- A las tierrecillas de mi huerto.
- ¿Me montas en tu burro y me llevas contigo?
- Ahora mismo.
Y, en un abrir y cerrar de ojos, el hombre se bajó del asno, subió a la chiquilla, la tomó de la mano y siguió su camino hacia las tierrecillas de su huerto. Cuando llegó al rincón, lo primero que hizo fue buscar algunas ramas secas, las amontonó sobre un rodal de tierra libre de pasto y hojas de árboles y se puso a prenderle fuego. Le decía a la niña:
- Así, mientras yo trabajo las tierras del huerto, si tienes frío, te calientas en las llamas y ascuas de esta lumbre.
Estuvo ella de acuerdo y se agachó para ayudar a su amigo con la preparación de la lumbre. Había él cortado ramas secas de romero y también de tomillo y por eso, en cuanto las llamas empezaron a quemar estas ramas, todo el airecillo se llenó de un delicioso perfume. Dijo ella:
- Me gusta mucho este olor y el humo que, en columnas pequeñas, se alza por el aire y se va volando como al encuentro del la Alhambra.
Y se puso a coger con sus manos los pequeños círculos de humo blanco. No conseguía apresarlos porque se les desvanecían entre sus dedos y esto hizo que, cada vez que intentaba coger un circulillo de humo y éste se le escapaba, se riera a carcajadas. En pequeños rosarios de notas musicales que llenaban el aire, la mañana y el espacio, de melodías deliciosas.

Y en un momento de este juego suyo, se situó frente a la lumbre, con la imagen de la Alhambra alzada al fondo, vista a través de las llamas y recortada

sobre el azul del cielo de la mañana. Alzó sus manos, como queriendo coger la figura de la Alhambra y al notar que se le escapaba, se echó a reír como nunca lo había hecho antes. Y justo en ese momento vio que de las llamas salían como pequeñas burbujas de colores que, volando por el aire, se trababan en las murallas y torres de la Alhambra. Y vio como si el azul del cielo se abriera y en forma de cascada de notas brillantes, se fundiera en el aire con sus risas. Y vio que, en medio de este maravilloso universo, con ella jugaban sus amigos, sus padres, la muchacha de la flauta y la anciana de la casa chica. Asombrada dijo al hombre del borriquillo, su amigo:
- ¡Qué maravilla de sueño! Nunca había visto antes algo tan bonito.
Y preguntó al hombre:
- ¿Tú sabes qué es esto?
Y él le respondió:
- Las notas musicales que salen de tu garganta cada vez que derramas tus risas.
Se quedó ella en silencio durante unos segundos y luego otra vez preguntó:
- ¿Y por qué todo es tan hermoso y con tantos colores?
- Porque cada vez que ríes tú, es como si le dieras forma al más hermoso de los cielos. Y como esto es tan dulce y maravilloso, a las personas nos gusta mucho. Tus risas, transmiten paz, gozo, ánimo y mucho más de lo que yo pueda decirte con palabras.
Y después de unos segundos en silencio, la niña comentó:
- Ahora comprendo por qué todos me llamáis "el cascabel del Albaicín".

El árbol del otoño en el río Darro

Crece junto al río Darro, a la derecha si se sube en dirección contraria a como corren las aguas y no lejos de la Alhambra. Por debajo de la Fuente del Avellano, frente a la umbría del Generalife y frente a la solana del Sacromonte y Valparaíso. Muy pocas personas lo conocen a pesar de sus años y a pesar de su grueso tronco y espeso bosque de ramas. No es un castaño ni tampoco un almez ni un álamo. Pero su porte es tan bello, tan añoso y curtido su tronco y tan espesas sus ramas, que solo verlo enamora al alma al tiempo que infunde respeto. Algunos del lugar simplemente lo llaman "El árbol" y otros lo conocen y lo recuerdan con el nombre de "El árbol del otoño".

Le pregunté una tarde a un amigo:
- ¿Y por qué se le conoce con el nombre del "El árbol del otoño?
- Porque dicen que es, de todos los árboles que crecen en estos contornos, el primero en anunciar el otoño.
- ¿Anunciar el otoño?
- Sí y lo anuncia con el color de sus hojas. Dicen que en cuanto llega el otoño, sus hojas se tiñen de ocre pero no se le caen. Vestidas del color del otoño, se quedan enganchadas en las ramas y ahí permanecen hasta que llegan los fríos del invierno.
- ¿O sea, que es el primer árbol que por aquí se engalana con los colores dorados en cuanto llega el otoño pero el último en quedarse sin hojas?
- Así es.
- ¿Y se sabe a qué se debe este fenómeno?
- Se sabe y, a los que aun todavía conocen la historia, se le entristece el corazón en

cuanto el árbol comienza a teñirse de ocre, anunciando el otoño.
- ¿Y eso?

Y, aquella tarde de otoño, sentado junto a mi amigo frente al árbol, con el fondo de la Alhambra camuflada por entre sus ramas, me dijo:
- Dicen que en tiempos pasados, un hombre vivía en el Albaicín. Tenía él sus tierrecillas cerca de este río y cuando recogía algo de cosecha, subía a la Alhambra para venderla. A veces vendía sus frutos a otros que también iban por allí a vender sus cosas y, a veces, ofrecía sus hortalizas a los dueños y reyes de los palacios. Tenía él suerte y siempre que iba a la Alhambra, lo vendía todo. Pero sucedió que un día, estando él vendiendo los frutos de su huerto en algunas de las puertas de la Alhambra, pasó por allí cerca una princesa. Dicen que era princesa por su gran hermosura y las telas de seda que vestía. Y al verla, el hombre se quedó tan prendando de ella, que no pudo resistir mirarla fijamente. Se dio cuenta ella y se paró cerca. Se aproximó el hombre y le dijo:
- Como tú de bella nunca he visto a nadie en este mundo. ¿Quieres ser la princesa de mis sueños?
Y ella, después de mirarlo fijamente y pasado un rato, le preguntó:
- ¿Dónde vives?
- En el barrio del Albaicín.
- ¿Y a qué te dedicas?
- Tengo un pequeño huerto junto a las aguas del río Darro. Y cerca de mi huerto crece un árbol muy grande.
- Pues cuando llegue el otoño, espérame bajo ese árbol. Iré a verte cuando sus hojas se vistan con los colores de los atardeceres de Granada. Responderé entonces a la pregunta que me has hecho y te contaré un secreto.

Dicen que el hombre, feliz como no lo había sido nunca, aquel día bajó de la Alhambra y lo primero que hizo fue irse a donde este árbol. Bajo sus ramas estuvo mucho rato sentado, mirando a los palacios de la Alhambra y pensando en ella. Luego al día siguiente y al otro y al otro y así durante mucho tiempo, cuidó del árbol y esperó paciente a que el otoño llegara. Cuando se acercó la fecha, todas las hojas del árbol, se colorearon de ocre. Antes que ningún otro árbol o planta. Y el hombre esperó ilusionado y paciente pero la princesa de sus sueños no aparecía por ningún lado. Se terminó el otoño, también el invierno y la primavera y cuando se acercó otra vez el otoño, de nuevo él vino a este árbol a esperarla. Tampoco ella se presentó. Ni aquel segundo otoño ni al siguiente ni nunca. Sin embargo el hombre, sí continuó esperándola cada otoño y veía, como nosotros ahora, que el árbol se teñía de ocre antes que ningún otro. Como si ansiara la llagada de la princesa y se vistiera con el mejor traje para recibirla.

La princesa no apareció nunca por aquí, el hombre ni un solo otoño dejó de venir a esperarla hasta que murió de viejo. Pasados los años, se olvidaron de aquella historia las pocas personas que lo sabían y, aunque seguía corriendo el tiempo, el árbol no se ha olvidado de anunciar el otoño siempre que se acerca esta estación del año. Y, lo mismo que en aquellos días, siempre lo hace el primero y conserva sus hojas hasta que llegan los fríos del invierno.

Las dos amigas del Paseo de los Tristes

Una tenía diecinueve años y la otra veinte. Se conocían desde pequeñas, jugando en la puerta de sus casas, en el barrio del Albaicín. Siguieron siendo amigas en su etapa del colegio, en el instituto y luego en la universidad. Las dos iban a la misma facultad y estudiaban lo mismo. Y, aparte de las cosas propias en todos los jóvenes a esta edad, lo que más les gustaba a ellas, era irse por las tardes al Paseo de los Tristes y sentarse en el muro que encauza al río. Lo mismo que hace muchas personas, jóvenes y de su misma edad y también los turistas. Pero a ellas, especialmente, les gustaba venirse a este sitio y sentarse en el muro, para charlar de sus cosas, con la figura de la Alhambra al fondo, el bosque de la umbría, el cauce del río, el barrio del Albaicín a su derecha y la explanada con la fuente del famoso Paseo de los Tristes.

Frente a ellas y según estabas sentadas en el muro, siempre les quedaba el edificio del que fue Hotel Reuma, los jardines que todavía se ven por ahí, los álamos que clavan sus raíces al borde mismo de las aguas, el barranco por donde baja el arroyo de la Cuesta del Rey Chico, el bosque de la umbría de la Alhambra y la Casa y Puente de las Chirimías. Y precisamente este rincón, junto a la Alhambra y al lado de debajo de la plaza, era el que más le gustaba a ellas. Por eso mientras charlaban de sus cosas, sentadas en el muro del río, de vez en cuando se preguntaban:
- ¿Cómo sería esto en aquellos tiempos?
- ¿En qué tiempo estás pensando?
- Cuando en la Alhambra había reyes y, en las torres, vivían las princesas.
- Yo no lo sé pero seguro que todo esto estaría lleno de gente cogiendo aguas del río y lavando la ropa en la corriente. También los niños jugarían por aquí y los mayores irían con sus borriquillos.
- ¿A qué sería interesante que una tarde apareciera por este rincón algún príncipe de aquellos?
- No digas tonterías. Eso nunca podrá ser y, si por alguna circunstancia se hiciera real ¿qué crees tú que nos contaría?
- Seguro que se asustaría al ver lo que ahora somos todos por aquí.

Y una tranquila tarde de otoño, estaban ellas sentadas en el mismo un muro de piedra. Corría un airecillo suave, olía la tarde a humedad, de los álamos se desprendían las hojas ya con tonos ocres y por la umbría, todos los almeces se vestían también con tonos de otoño. Revoloteaban las nubes por encima de la Alhambra y en lo más alto del Cerro del Sol y Silla del Moro y por las partes de arriba del río Darro. La más joven dijo a la mayor:
- ¿Te imaginas que algún día de éstos apareciera por aquí algún príncipe de aquellos?
- Que eso no será posible nunca pero…
Y no le dio a ella tiempo de terminar de expresar su opinión. Justo en ese mismo momento, un joven se paró junto a ellas, las saludó y sin más preámbulo les preguntó:
- ¿Os gusta a vosotras el otoño?

Las dos se miraron extrañadas y luego miraron al joven. Después la mayor respondió:

- A nosotras nos gusta mucho el otoño pero ¿quién eres tú y por qué nos haces esta pregunta?
- Soy parte del otoño universal y lo más esencial del otoño de Granada. Y os hago esta pregunta porque necesito que alguien me perdone.
Las dos amigas nuevamente se miraron, ahora aún más extrañadas. La más joven preguntó:
- ¿Acaso eres tú el príncipe del otoño de Granada?
- Casi.
- ¿Y quién tiene que perdonarte?
- Alguien en aquellos tiempos, me condenó sin ser yo culpable y desde entonces aparezco y vivo por aquí cada vez que llega el otoño a esta ciudad mágica. ¿Sabéis vosotras lo que es el perdón?
- Algo sí ¿y tú?
- Todas, todas las personas en este mundo, necesitamos ser perdonados para existir y tener vida. El perdón es algo tan grande que lo necesitamos tanto o más que el aire que respiramos.

Al oír esto, las dos amigas otra vez se miraron. Miraron luego para la Alhambra y cuando volvieron sus cabezas para donde estaba el joven, ya no lo vieron. Sí descubrieron, muchas hojas teñidas de ocre rodando por el suelo, empujadas por el aire. La más joven preguntó a la mayor
- ¿Será cierto que hemos estado hablando con el otoño?
- ¿Y será cierto que, un príncipe de aquellos tiempos, vive todavía por aquí transformado en esta estación del año?

El duende del río Darro

A ella le gustaba mucho irse al charco del río. A la pequeña laguna que se remansa a la altura del Paseo de los Tristes, en el cauce del río Darro, a los pies de la Alhambra. Y cuando llegaba a este sitio, le gustaba mucho sentarse ahí, en el borde mismo de las aguas y mirar despacio. Tan despacio y concentrada que hasta parecía olvidarse del tiempo y de todo lo que a su alrededor pasaba. Por eso, a veces, su amiga le preguntaba:
- ¿Qué es lo que encuentras en las aguas de este charco que te embelesan tanto?
- No sé cómo decírtelo pero a veces veo como una puerta en su fondo.
- ¿Puerta a qué sitio?
- Quizá a mi corazón mismo, al corazón de la Alhambra, al del flamenco…
- ¿Corazón del flamenco?
- Ya te he dicho que no sé cómo explicarlo pero algo así es lo que siento y a veces veo.

A ella le gustaba mucho el flamenco. En realidad era lo que más le gustaba en su vida, el canto y los sonidos de las guitarras. Por eso, en más de una ocasión, cuando reflexionaba con su amiga, también le decía:
- A veces creo que el rumor de las aguas de este río son como acordes de guitarras. Y cuando la corriente se quiebra en las pequeñas cascadas, como los taconeos del

baile más bello.
- No lo entiendo.
- Sí y también pienso que en su alma, este charco y la corriente del río, tienen estampado el más puro quejido y acento flamenco.
- ¿El rumor de la corriente son acordes de guitarras y las transparencias de las aguas, quejidos tristes y profundos lamentos?
- Tampoco sé explicarlo pero así lo siento y veo.

Y una tarde de invierno el sol salió muy brillante. Tanto que parecía un día de verano y por eso todo se puso precioso. No solo por las orillas del río Darro sino también por los bosques de la alhambra, por las torres y murallas, por todo el barrio del Albaicín y por toda la ciudad de Granada. Y ella, como tantos otros días, se fue al charco del río. Pero antes de llegar descubrió a alguien sentado en la hierba de la orilla. Según se iba acercando se preguntaba para sí: "¿Quién será? Porque parece que me estuviera esperando". Y lo comprobó nada más llegar. No era ni su amiga de siempre ni ninguna otra persona conocida. Aunque sí, la figura del que en la hierba estaba sentado frente a las aguas, parecía la de un niño no demasiado mayor. Su cara era hermosa, su mirada dulce, su estura pequeña y su pelo moreno. Se acercó, lo saludó, le dijo ella quien era y cómo se llamaba y luego le preguntó:
- Y tú ¿cómo te llamas, quién eres y dónde vives? Y te lo pregunto porque nunca antes te he visto por este barrio mío ni por la Alhambra ni por Granada.
Y él, desde su asiento en la hierba frente al charco, le respondió:
- Yo no tengo nombre, soy el duende del río Darro y vivo en el corazón de la montaña sobre la que se asienta la Alhambra.

Se quedó ella pensativa unos segundos, sin saber qué decir y después preguntó:
- ¿Y qué haces hoy aquí en este charco que tanto me gusta a mí?
- He venido a verte. Sé que hay cosas que te gustaría saber. Si quieres, puedes preguntarme, te escucho.
Y en este momento ella, sin más rodeo, preguntó:
- Si eres el duende del río seguro que sabes que el flamenco me gusta mucho.
- Lo sé.
- ¿Y sabes que siempre me estoy preguntando dónde tiene sus raíces el cante y baile flamenco?
- Lo mismo que las aguas de este río, que tanto también te gustan, nacen en un sitio concreto y ese lugar es su fuente, así también es el flamenco. Su casa, sus raíces y lugar de nacimiento están donde vivo yo.
- ¿En el corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra?
- Ahí mismo. Y por eso este río Darro, el Albaicín, el Sacromonte y la Alhambra, chorrean y le sangra por todos sus poros el quejido flamenco.
- ¿Y puedes llevarme contigo al sitio donde vives y tiene su cuna el flamenco?
- Puedo hacerlo y quiero pero no hoy. Ahora tengo que irme. Otro día vuelvo y también te revelo un bellísimo secreto.

Y justo en este momento ella vio como el duende del río se acercó a las aguas del charco. Se metió lentamente en ellas y también muy lentamente vio como se fundía en sus transparencias. En el fondo del charco apareció como una puerta translúcida, por ella entró el duende y desapareció de su vista. Se dijo, sorprendida y

a la vez contenta: “Quizá sea esta la puerta que lleva a su casa, al corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra, a la fuente y cuna del flamenco”.

El hombre del río

Tenían unas tierrecillas cerca del río. Por encima del puente del Aljibillo, frente a las laderas del Sacromonte y no lejos de la Fuente del Avellano. Y como era un gran enamorado de las plantas, colores y perfume del campo, de los silencios y rumor de las aguas del río, en sus tierras cultivaba muchos árboles: almendros, nogueras, morales, manzanos, higueras y cerezos. Y lo que más le gustaba a él, era sentarse cerca de la corriente de las aguas, contemplarlas en silencio mientras a intervalos miraba para la Alhambra y dejar que el tiempo pasara. Con frecuencia se decía: “Vivir en armonía con las personas, las plantas y los animales, es lo mejor que podamos hacer en esta vida. Porque la felicidad que el corazón de las personas siempre sueña y necesita, de ninguna otra forma es posible alcanzarla sino por la vía de la armonía y el respeto para con todo y todos los que nos rodean”. Por estas circunstancias, forma de ser y de pensar, en el barrio lo conocían con el apodo de “el hombre del río”.

Su casa la tenía no lejos de las tierras de su huerto, también cerca del río y en el barrio del Albaicín. En una estrecha calle de tierra y a la derecha, según se remontaba desde el río hacia lo más alto del barrio. Vivía con su mujer y dos hijos y era muy querido por todos los vecinos. Por la amabilidad que siempre mostraba con todo el mundo, por su generosidad y por el entusiasmo que a todas horas irradiaba. Cuando hablaba con algunos de los vecinos, siempre les decía:
- Ser amable, bueno y alegre, cuesta muy poco en la vida y llena de paz y gozo el corazón.
Algunos de los vecinos le preguntaban:
- Y usted ¿qué obtiene a cambio de su amabilidad?
- Nada y mucho. Porque nadie me paga para que sea como soy y sí me siento bien conmigo mismo y con el cielo. Y por las noches, cuando me acuesto, siempre duermo relajado y como abrazado por un gozo profundo.

Y un día, los más intrépidos del barrio, pusieron a prueba la bondad de este hombre. En sus tierrecillas, los árboles y las plantas, ya estaban brotadas. La primavera estaba siendo muy buena y después de bastantes días de lluvias, salió el sol, florecieron las plantas, el aire se llenó de aromas y las laderas y jardines de la Alhambra, también se llenaron de tallos verdes y flores. Maduraron las primeras cerezas en los árboles del hombre del río y se acercaba el momento de recogerlas. Él y su mujer, varias tardes fueron a las tierrecillas y de los árboles cogieron ramos de cerezas rojas. El hombre decía:
- Son las más ricas del mundo porque están regadas con las limpias aguas del río Darro y acariciadas por el aire que viene de la colina de la Alhambra.
- Tienes toda la razón.
Confirmaba su mujer.
- Y ya verás cuando dentro de unos días terminen de madurar las cerezas del árbol grande.

Comentaba ella esto porque el árbol grande, uno muy viejo y de tronco grueso y añoso que crecía en el terraplén por debajo del la Fuente del Avellano, daba cerezas muy buenas. Rojas como la sangre, gordas y brillantes y de sabor inmejorable. Pero los frutos de este árbol, siempre maduraban después que los otros. El sol de la primavera siguió calentando y un día, las buenas cerezas del árbol grande, maduraron por completo. Y se preparaba el hombre, con su mujer y sus hijos para ir a sus tierras y coger estas cerezas, cuando sucedió algo extraño. La noche antes de la recogida de estas cerezas, salió la luna, hizo una temperatura muy agradable y todo por la orilla del río Darro, estaba en silencio y en paz. Unos vecinos del barrio del Albaicín, amigos del hombre del río, cogieron una gran espuerta de esparto. Salieron de su casa a la luz de la luna y se fueron directos a las tierrecillas de los cerezos. Buscaron el árbol grande de las buenas cerezas, se pusieron y poco rato, llenaron la espuerta con los mejores frutos. Comieron muchas y luego, esperaron a que amaneciera. Se pusieron en camino de regreso al barrio, cuando el sol se alzaba por encima de las torres de la Alhambra. Y poco después, entraban por la calle donde tenía su casa el hombre del río y dueño de las cerezas que ellos habían cogido. Y al pasar por delante de la puerta del hombre dueño del huerto, comenzaron a hablar mucho y fuerte. Tanto que otros vecinos se enteraron, se asomaron a las puertas de sus casas y al ver el espectáculo, no se lo creían.

Dos jóvenes y una muchacha, subían por la calle con una gran espuerta llena de ricas y rojas cerezas y no paraban de hablar diciendo:
- Las hemos cogido del árbol grande que hay en el huerto de nuestro vecino.
Llegó a oídos de la mujer del hombre del río lo que decían los jóvenes de las cerezas y ésta, rápida buscó a su marido y le dijo:
- Mira lo que sucede. Han ido a nuestro huerto, han cogido las cerezas que nosotros había pensado recoger hoy mismo y no contentos con habernos robado, ahora lo proclaman a los cuatro vientos. ¿Qué te parece esto?
Y el hombre no dijo nada. Se levantó de donde estaba sentado, salió a la puerta de su casa, miró y vio a los jóvenes con la espuerta rebosante de lustrosas y ricas cerezas. Se acercó a ellos y sin violencia les dijo:
- Las habéis cogido sin mi permiso y ahora estoy viendo que son las mejores que había en árbol.
- Sí señor. Exactamente eso que dice usted es lo que hemos hecho. ¿Qué le parece?
- Que lo mejor que ahora mismo podéis hacer es soltar esta espuerta en el suelo.

Y lo jóvenes, algo asustados, soltaron la espuerta rebosante de cerezas en la misma puerta de la casa del hombre del río. Y éste, después de agacharse, coger un puñado de cerezas y comerse algunas, dijo:
- Como son tan buenas y tan ricas, voy a repartirlas ahora mismo con todos los vecinos de esta calle. Así que, el que quiera cerezas frescas y sabrosas, que se acerque que voy a darle muchas y las mejores.
Los vecinos se fueron acercando y a cada uno, el hombre fue dando un gran puñado de cerezas. Mientras tanto, los jóvenes, desorientados y sin creer lo que estaban viendo, siguieron subiendo por la calle. Llegaron a su casa y dijeron al padre:
- Nos ha quitado las cerezas que habíamos cogido. ¿Qué hacemos?
- Volver ahora mismo y decirle que vosotros sois mis hijos. Ese hombre siempre fue

mi mejor amigo. Por eso, en cuanto sepa quiénes sois, veréis como cambian de actitud.

Volvieron los jóvenes a la puerta de la casa del hombre del río, le dijeron que eran hijos de su buen amigo y al saber esto, el hombre comentó:
- Pues volver al cerezo de mi huerto, llenad de nuevo esta espuerta de esos tan ricos frutos y luego, cuando paséis por aquí, entrar a mi casa para que os pague vuestro trabajo.
Y los jóvenes se miraron entre sí y le preguntaron:
- ¿Pero cómo es que en lugar de enfadarse por lo que hacemos, nos paga y de la mejor manera?
Y el hombre del río, sin más les dijo:
- Vivir en armonía con las personas, las plantas y los animales, es lo mejor que podamos hacer en esta vida. Porque la felicidad que el corazón de las personas siempre sueña y necesita, de ninguna otra forma es posible alcanzarla sino por la vía de la concordia y el respeto para con todo y todos los que nos rodean.

Una reflexión

Sentados en el muro del pequeño puente del Aljibillo, puente que da paso a la Cuesta del Rey Chico, el que había llegado decía al hombre del Albaicín:
- Las cosas convertidas en museo, son frías, carecen de emociones, no tienen vida.
- Pero la Alhambra, es la maravilla más grande y por eso, miles y miles la visitan.
- Sí pero ¿quién de todos estos que la visitan sienten y viven realmente lo que fueron esos palacios cuando estaban llenos de vida?
- ¿Quieres decir que recorrer estos sitios, verlos y fotografiarlos, no es suficiente?
Y el hombre que había llegado dijo al del Albaicín:

- Te pongo un ejemplo: un amigo mío, vivió durante mucho tiempo en una casa de este barrio. Creció y un día le dieron trabajo en un colegio cerca de las aguas del río Darro. Un trabajo sencillo porque este amigo mío ni tenía estudios ni sabía ninguna profesión pero sí era un hombre bueno. Por eso lo dedicaron a llevar y traer papeles de un lado a otro, de despacho en despacho y de oficina en oficina. También hacía otros recados, cuidaba de las plantas del pequeño jardín, sembraba las tierras de un huertecillo que había en este colegio y atendía a los alumnos cuando entraban o salían o hacían deporte. Y este amigo mío realizó este trabajo eficazmente durante mucho tiempo. Tanto tiempo que hasta se quedó calvo, perdió mucho pelo, se quedó mellado y en la piel de su cara, empezaron a verse arrugas. Un día lo llamó el director del colegio y le dijo:
- Hemos encontrado a una persona con más fuerzas que tú, mucho más joven y con ideas y energía nueva. Desde mañana mismo, dejas de trabajar en este centro. Recibirás la indemnización que te corresponda y la nueva persona ocupara tu puesto.

Sin protestar, este amigo mío aceptó su nueva situación. Dejó de aparecer por el colegio, se fue a vivir lejos de este barrio y lentamente pasaron los años. Ni un solo día mi amigo se olvidó del sitio donde tanto tiempo había trabajado ni de los momentos, disgustos, buenos ratos y emociones que a lo largo de los años había

experimentado. Hasta que un día, bastante años después, volvió a Granada. Y lo primero que hizo fue recorrer las calles del Albaicín y se dirigió a colegio del que había sido despedido y ahora no podía olvidar. Y al llegar y entrar por la puerta, enseguida notó que a nadie conocía ni lo conocían a él. Fue al director y éste lo recibió fríamente y aunque el hombre le contó su pasado, el director ni siquiera prestaba atención. Salió del despacho, recorrió el patio, miró a un lado y otro, vio muchas puertas cerradas y gente entrando y saliendo y nadie, absolutamente nadie lo saludaba ni le prestaba atención. Sin embargo, el hombre ardía en emoción y hasta le entraban ganas de ponerse y hacer las misma cosas que había hecho en sus tiempos pasados. Nadie se lo permitió y si todos, iban y venían ignorándole y ajenos a lo que en su interior ocurría.

Se marchó mi amigo de este edificio y al poco, me lo encontré por la calle bajando hacia este río. Lo vi recogido en sí, enfadado y por completo en su mundo y triste. Le pregunté:
- ¿Alguien te ha maltratado?
Me dijo:
- Me apena mucho lo que he visto en mi colegio.
- ¿Qué has visto?
- Todo y todos allí ahora son desconocidos para mí, van y vienen y ninguno parece percibir lo que fue aquello en el pasado y ni prestan atención ninguna por lo que en mi corazón siento. Las personas viven el momento y nada le dice el pasado. Estoy desanimado.
Animé a mi amigo y reflexioné sobre su experiencia. Y la conclusión a la que llegué y desde aquel día mantengo, es la que te decía antes: las cosas convertidas en museo, son frías, no tienen vida, carecen de emociones. Aunque a la Alhambra ahora venga miles y miles la visiten cada día, todos ahora somos por aquí nuevos. Ninguno hemos vivido directamente las cosas y por eso, tal como le sucedía a mi amigo, nos mostramos indiferente y muy lejanos de lo ocurrido en otros tiempos. Un museo, siempre será una imagen fría del pasado y aunque tenga valor y enseñe mucho, es frío y no tiene vida.

Sentados en el muro del puente del Aljibillo, los dos hombres reflexionaban, mientras miraba a la figura de la Alhambra sobre la cumbre de la colina. A sus pies, corría limpio el río Darro y a un lado y otro, iban y venían más y más turistas.

La pintora del Paseo de los Tristes

La tarde caía y, los dorados rayos del sol, incidían sobre las torres y murallas de la Alhambra. Por todo el barrio, desde el Mirador de San Nicolás hasta el Paseo de los Tristes, río Darro, umbría y colina de la Alhambra, reinaba un gran silencio. Como si todos los elementos se hubieran puesto de acuerdo para acompañarla en su última tarde en Granada. Y ella, joven estudiante universitaria, culta y bella, intentaba pintar un cuadro para, de algún modo, dejar marcada su despedida. Frente a la ventana de la casa en la ladera del Albaicín, miraba para la Alhambra. Sobre la mesa tenía los pinceles, las pinturas, las hojas de papel en blanco y a los que le acompañaban, le decían:

- Necesito, en estos momentos, pintar bellamente la imagen de la Alhambra para regalársela a los dueños de esta casa y que guarden mi cuadro como recuerdo.
Los que le acompañaban, la miraban, miraban por la abertura de la ventana y concentraban sus ojos en la gran figura de la Alhambra, frente y por completo iluminada y le decían:
- Nada de lo que hasta este momento has pintado, es tan bello como sobre lo esa colina se ve.
- Lo sé y por eso deshecho estos apuntes, aquellas pinceladas y esas hojas. Quiero crear el cuadro más hermoso y no lo consigo.

Y en ese momento, recordó cuando unos meses atrás, pintaba un cuadro cerca del río Darro. Caía también la tarde y todo el paseo del río, desde Plaza Nueva hasta el puente del Aljibillo, se veía repleto de turistas. Justo a la altura de la iglesia de San Pedro, ella montó su caballete, sacó sus pinceles, preparó la pintura y se puso a darle forma al cuadro. La imagen que antes sus ojos tenía, desde la iglesia de San Pedro hasta Plaza Nueva, con los pequeños puentes de piedra y las ruinas del más antiguo. También las aguas del río, con el grupo de gatos que, por entre la hierba y zarzas, siempre andan por aquí. Iba cayendo la tarde y ella terminaba su pintura cuando se paró frente al cuadro un hombre mayor. Miró despacio, la miró a ella y después de un rato le preguntó:
- ¿Lo vendes?
- Para eso lo he pintado y por eso estoy aquí.
- Pues te felicito porque es muy bello. ¿Puedo hacerle una foto?

Y como la joven le dio permiso, el hombre sacó su cámara e hizo la foto, se lo agradeció y luego siguió su paseo. Ya en su casa, mirando despacio la foto del cuadro, se preguntó: "¿Y si saco en papel, copias de las fotos más bellas que tengo de la Alhambra y se las regalo para que las pinte?" Y con esta idea, al día siguiente volvió al paseo del río, la buscó y la encontró al final de Plaza Nueva. La saludó y le dijo:
- He pensado regalarte algunas fotos muy bellas que tengo de la Alhambra. ¿Te gustaría?
- ¿Para que las pinte?
- Claro. Quizás consigas cuadros bellos que gusten a los turistas. Podrías venderlos y así sacar para tus gastos.
- Pues lo que usted quiera.
Se volvió el hombre feliz a su casa y al día siguiente hizo cincuenta copias en papel de las mejores fotos de su colección "Alhambra espiritual". Y aquella misma tarde, volvió al río con la ilusión de verla para dárselas. No la encontró porque no estaba ni en Plaza Nueva ni en la Carrera del Darro ni en el Paseo de los Tristes. Volvió a la tarde siguiente y tampoco la vio ni al día siguiente ni al quinto día.

Decepcionado el hombre, un mes más tarde guardó las fotos y se lamentó que ella no hubiera aparecido para regalárselas. Y ella, tres meses después, ya se preparaba para irse de Granada y volver a su país. Los días y las horas se le iban acabando y la última tarde, en un impulso casi descontrolado, se le ocurrió pintar la Alhambra para dejarle un bonito recuerdo a la familia que le había acogido en su casa. Detrás de la ventana, frente a la Alhambra iluminada por los últimos rayos de sol de la tarde, se esforzaba en pintar el cuadro y no lo conseguía. Sobre la mesa

iba dejando las hojas de papel emborronadas mientras seguía diciendo a los que le acompañaban:
- No consigo pintar lo que deseo y por eso cada vez estoy más nerviosa.
Y a su mente acudía el recuerdo del hombre que le había prometido las fotos de la Alhambra, meses atrás.

Castillo de arena en el río Darro

El niño recorría las calles del Albaicín, con la ropa rota, la cara manchada de tizne o barro y los pies desnudos. Tenía hambre y siempre que recorría las calles, miraba para la Alhambra y soñaba con una princesa que nunca había visto. A veces se iba con el padre a las tierras del huertecillo que tenía cerca del río y se afanaba en regar los tomates, los ajos o las habas. Y otras veces, se iba con la madre, cuando ésta bajaba al río a lavar la ropa y también le ayudaba.

Y aquella limpia y algo calurosa mañana de primavera, la madre le dijo:
- Hoy tengo que ir a lavar al río. Vente conmigo y me ayudas.
Y con su cara manchada de tierra y su ropa rota, se fue con la madre al río. Por donde las aguas corren serenas y se forman charcos y pequeños vados. Por donde hoy el río aun sigue pasando y al sitio se le conoce con el nombre de Paseo de los Tristes. Sobre la hierba la madre amontonó la ropa sucia, buscó una gran piedra y se puso a lavar en la corriente. Un poco más abajo, se remansaba el charco y en su orilla, se extendían pequeñas playas de arena. Miró el niño a la madre y le preguntó:
- ¿Puedo construir y, mientras tú lavas, un pequeño castillo?
- Construye un castillo y así te entretienes.

Y el niño se puso y con la arena mojada, comenzó a construir un castillo. Miraba a la Alhambra y ponía puñados de arena sobre las murallas de su castillo. Levantaba unas torres y para sí se decía: “En una de estas torres, la más grande y bonita, vive mi solitaria princesa. Y como está cautiva, yo tengo que intentar rescatarla. La salvaré y entonces ella se hará mi amiga y por fin yo seré príncipe y tendré caballos, reinos y riquezas”.

La madre lo miraba, mientras restregaba la ropa sucia contra la piedra y luego la enjuagaba en las claras aguas del río. El sol caía sereno, algo caluroso y la corriente saltaba, se remansaba en el charco, entre las zarzas cantaba un ruiseñor y en lo más alto de la colina, la Alhambra se asomaba como observando. Recogía puñados de arena de las pequeñas playas al borde del charco, los apretujaba y los iba colocando sobre las murallas de su castillo, en las torres y palacios. Y poco a poco fue dando forma a su obra de arena hasta que llegó un momento en que lo tenía todo terminado. Le dijo a la madre:
- La princesa está en su torre cautiva y me llama para que la rescate.
- Pero la princesa que tú sueñas vive en las torres de la Alhambra y no este pequeño castillo de arena.
- Aquella princesa es la misma que hay este castillo mío. Yo la conozco y como ella me necesita, tengo que salvarla. ¿No oyes como me llama?

Y la madre siguió lavando la ropa en la corriente del río. El niño se sentó en la hierba, cerca de su castillo, frente a la Alhambra y no lejos de las aguas del río y se puso a idear un plan para rescatar a su princesa. Y como en su corazón retumbaban las voces de su amiga prisionera, le respondía:
- Espero un momento que estoy buscando un punto para escalar las murallas y poder entrar a la torre donde estás encerrada.
El sol caía, ahora ya colocado en lo más alto y por eso calentando mucho más. La arena con la que estaba construido el Castillo, se fue secando y el niño, mientras meditaba buscando la manera de escalar las murallas y miraba para la Alhambra, fue descubriendo como su castillo, poco a poco se desmoronaba. Seguía sintiendo a su princesa llamándolo y él le decía:
- Si el castillo se cae tú quedarás dentro sepultada. Pero antes de que esto suceda, yo voy a rescatarte, mi princesa.

A la luz de la luna

Cuando los amigos le preguntaban:
- Y de la ciudad de la Alhambra, donde naciste y dices que es la más bella del mundo ¿qué recuerdas?
- De la ciudad de los sueños, Granada, yo siempre recuerdo tres cosas por encima de las otras.
- ¿Por ejemplo?
- No puedo olvidar nunca el río Darro a su paso por mi barrio y me acuerdo constantemente de las casas blancas donde nací, el Albaicín, siempre mirando a la Alhambra y siempre frente a Sierra Nevada. No hay en el mundo luz más pura ni sol más bueno que el que juega y besa aquellas pequeñas casas de mi barrio de Granada.
- De acuerdo pero ¿y la tercera cosa que no puedes olvidar del rincón donde naciste?
- Las noches de luna clara, sentado en el balcón de aquel barrio mío, frente a la Alhambra.
- ¿Y qué tenían o tienen aquellas noches de luna en Granada?

Y cuando le hacían esta pregunta, él nunca la contestaba. No porque no quisiera sino porque siempre se le hacía un nudo en la garganta que no le dejaba hablar. Había nacido en el seno de una humilde familia en una casa pobre, justo en el corazón mismo del Albaicín. Aquí vivió hasta los catorce años y, como la familia no tenía recursos ni trabajo, un día emigraron a otro lugar del mundo, en busca de una vida mejor. La encontraron, no por completo, en otra ciudad grande muy lejos de la ciudad de la Alhambra. Y en este lugar, creció, se casó, tuvo hijos y no le faltó el trabajo pero tampoco era feliz del todo. Un día los padres murieron y a partir de ese momento, comenzó a sentir y cada vez más, añoranza por Granada, el barrio blanco y la humilde casa donde nacido y de pequeño jugó y, a la luz de la luna, contempló la figura de la Alhambra.

Hasta que una de aquellas noches, se vio así mismo volviendo a Granada. Llegaba a la ciudad una mañana de primavera cuando todos los campos estaban

verdes y en Sierra Nevada aun brillaban las nieves. Caminó por la calles, recorrió las plazas del blanco barrio, habló con las personas y contempló la figura de la Alhambra. Y como la emoción le empezó a embargar, se decía: “Todo está como cuando yo por aquí jugaba. Pero la Alhambra, sí que parece otra. Tengo que ir a verla pero antes, quiero contemplarla como cuando aquellos días de pequeño”. Y aquella noche se quedó a dormir en la misma casa que tiempos pasados había sido suya. El matrimonio que ahora vivía aquí, le dijo:
- La que fue tu casa, sigue siendo pequeña, sin comodidades ni lujos pero en ella vamos viviendo. Puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras o sea necesario. Y aunque ni siquiera una cama para ti tengamos, sí queremos que realices tus sueños. Sabemos que, desde aquella distancia, echas mucho de menos este barrio y la que fue tu casa.

Y aquella noche, los tres hijos de la familia, le ofrecieron sus camas para que durmiera. El mayor le dijo:
- Yo puedo dormir en el suelo. Junto la chimenea y tú, duermes en mi cama. Como la tengo junto a la ventana, desde ahí, con solo abrir los ojos y mirar, verás la Alhambra. Y por la noche, cuando la luna salga, podrás disfrutar del espectáculo que tanto deseas y recuerdas.
Y él le dijo al joven:
- Es muy generoso por tu parte pero quiero ser yo el que duerma en el suelo. Y cuando esta noche salga la luna, lo que más deseo es verla desde el mismo sitio que lo hacía cuando era pequeño.
- Pues como quieras pero que sepas que tanto yo como mis dos hermanos, estamos dispuestos a dejarte las camas para que duermas esta noche.

De nuevo el hombre agradeció la generosidad mientras veía que los padres y ahora dueños de la humilde casa, observaban y dejaban que las cosas se resolvieran entre ellos. Y se resolvió en cuanto la noche llegó. Los hermanos ocuparon sus pequeñas camas de todas las noches y el hombre, sobre una alfombra de esparto, se acostó cerca de la chimenea, no lejos de la ventana que daba a la Alhambra. Y en cuanto se acomodó, quiso coger el sueño pero no lo consiguió. En la oscuridad de la estancia y sintiendo cerca a los tres hermanos, rememoró algunas cosas y se dijo: “Tengo que estar atento para que en cuanto la luna salga, levantarme y ponerme a contemplarla como lo hacía cuando era pequeño”.

Y un poco después, el sueño lo venció. Y unas horas antes de la llegada de la aurora, se oyó el canto de un gallo. No lejos de la casa y estancia donde dormía y esto lo despertó. Miró por la ventana y al fondo, a lo lejos y sobre la colina, descubrió la silueta de la Alhambra, bañada por completo por la luz de la luna. Rápido se incorporó, procurando no hacer ruido para no despertar a la familia que le había acogido, abrió la puerta de la casa, caminó despacio por las solitarias calles del barrio que conocía y se dirigió al pequeño muro y balcón frente a la Alhambra. El rincón que también conocía casi con los ojos cerrados porque, de pequeño, este sitio había sido el lugar preferido para sus juegos y que tantas veces había soñado y echado de menos en la ciudad donde ahora vivía.

Mientras aminaba por las calles, sitió los cantos de otros gallos, los ladridos de los perros y maúllos de varios gatos. Los recuerdos de su niñez, se despertaron

en su mente y el corazón se le llenó de un gozo íntimo, dulce y profundo. Llegó al pequeño muro, se acercó al borde despacio, miró para la colina de la Alhambra y al descubrir el espectáculo, le pareció vivir dentro de un sueño. Sobre las torres, murallas y palacios de la Alhambra, la luz de la luna se derramaba como en una lluvia de silencios y eternidad. Al fondo y lejos, se veían brillar las blancas nieves de Sierra Nevada y a los pies de la Alhambra, las aguas del río Darro, se deslizaban rumorosas y reflejando también el brillo de la luna. Sobre el muro se sentó frente a la hermosa visión en todo lo alto de la colina al otro lado del río y en su corazón susurró: “No hay en el mundo nada más bello y placentero que lo que ahora mismo vivo. Y nada hay más misterioso, hermoso y hondamente excelso, que una noche de luna y la Alhambra con su silencio y desde su colina, como asomada a Granada. ¿Por qué me llevarían a mí de estas tierras a vivir en aquel destierro?”

Y al llegar el día, se despertó en su cama de siempre. En el corazón de la ciudad en la que se sentía extranjero. Y durante unos segundos, sentado en el borde de la cama, meditó el sueño. Luego salió fuera y en la misma puerta de su vivienda, se encontró con los amigos de siempre que le preguntaron:
- ¿Qué? ¿Cuándo vas a ir a Granada para ver la luna jugando con las torres de la Alhambra?
Y muy solemne el hombre les respondió:
- De allí vengo ahora mismo y no penséis que os hablo de un sueño.

El último día de la Alhambra

Al río hoy, y desde lejanos tiempos, se le conoce con el nombre de Darro. No es muy largo, tampoco tiene mucho caudal aunque sí constante y corre a los pies mismos de la Alhambra. En realidad, este pequeño y bellísimo cauce, ya existía mucho antes de que sobre la colina de la Sabika, se alzaran las primeras torres y murallas. Por eso este río es testigo y guarda toda la historia de la Alhambra desde sus primeros días. De aquí que este corto cauce tenga categoría para ser llamado también con el nombre de “el río de la Alhambra”. Si este río no hubiera existido y si ahora no conservara toda su belleza y caudal, seguro que la Alhambra tampoco nunca hubiera aparecido por aquí.

Y lo mismo que hace muchos años el río Darro fue testigo del nacimiento de la Alhambra, puede que también un día este cauce asista al final de este monumento, del barrio del Albaicín y de la ciudad de Granada. Y desde luego, esto fue lo que vieron los dos niños del Valle de la Luz, el día de la gran tormenta. Salieron ellos del blanco cortijillo, en el mismo centro del valle, a primera hora de la mañana. Y la niña dijo a la madre:
- Volveremos al caer la tarde.
Les preguntó la madre:
- ¿A dónde vais?
- Hoy queremos coger un buen puñado de espárragos. Después de las lluvias de los últimos días y con este sol tan bueno que ahora tenemos, seguro que todo el campo se encuentra repleto de tiernos espárragos.
- Pues tened cuidado y que tengáis suerte.

Desde el lugar hoy conocido con el nombre de Jesús del Valle, se encaminaron a las laderas, a los lados del río. Por donde las encinas se espesaban y, en las partes bajas, sabían ellos que crecían vigorosas las esparragueras. Había llovido mucho a lo largo de una semana entera pero al final, las lluvias se retiraron. Era comienzo de la primavera y por eso todos los campos refulgían de verdes claros y colores limpios. La hierba tapizaba por todo el valle y las laderas, a ambos lados. Y hoy, el día se presentaba muy sereno, limpio por completo el cielo de nubes y preñado de un azul intenso.

Por eso los dos hermanos, en cuanto cruzaron las aguas del río por el puente de madera algo más abajo del cortijo, se pusieron a buscar espárragos. Sabían ellos bien por donde crecían y en qué sitios se daban los mejores. Enseguida encontraron los primeros y luego otros y otros. Con el hallazgo, se entusiasmaron tanto que empezaron a irse por la orilla del río donde eran más abundantes las esparragueras. Y siguieron cortando los verdes tallos casi sin parar. El día fue avanzando y ellos, ni siquiera advirtieron que según las horas corrían, el cielo empezó a nublarse. En poco tiempo, las nubes cubrieron por completo. Grandes y espesas y antes de que si dieran cuenta, la gran tormenta se había colocado en todo lo alto. Cubriendo por completo el amplio valle y las montañas en las partes altas.

Crujió un trueno y enseguida otro. Sopló fuerte el viento y la lluvia comenzó a caer. Con fuerza y a raudales y ellos, al sentirse sorprendidos, se asustaron y no sabían qué hacer. Dijo la pequeña:
- Nos empaparemos y nuestros padres se preocuparán por nosotros. ¿Qué hacemos?
Miró el hermano para la derecha y, por entre las encinas, descubrió la puerta de una cueva excavada en la ladera y algo alzada sobre el río. Salieron corriendo, llegaron a la cavidad, se metieron dentro y al instante, sintieron el alivio del refugio. Pero como la lluvia era tanta y caía con tanta fuerza, los dos se quedaron en la misma puerta de la cueva, observando el espectáculo, mientras seguían estallando los truenos y el viento se rompía por entre las ramas de las encinas. Dijo la hermana:
- Si no para de llover, en este refugio podremos quedarnos y si la noche llega, aquí dormimos.

Y no paró de llover. Durante muchas horas, la lluvia cayó a raudales, inundando todos los campos y llenando de arroyuelos las dos grandes laderas a los lados del río. Y ellos, asomados a la puerta de la cueva, bien resguardados tanto de la lluvia como del viento, poco a poco fueron viendo como el río comenzó a bajar lleno. Con aguas muy turbias, arrastrando ramas y palos secos y hasta pequeñas piedras. Siguió la corriente aumentando y al poco vieron que las aguas arrastraban árboles enteros y rocas. Dijo el hermano:
- Nosotros ahora mismo y en esta cueva, estamos al salvo pero como este río siga creciendo, se llevará por delante todos los árboles de este valle.
Y el río siguió creciendo y creciendo. Y tanto creció que ellos comenzaron a verlo no ya como un río sino como un ancho camino que, desde el corazón del valle donde se alzaba su cortijo, se alejaba por entre los cerros dirección a la colina de la Alhambra y de la ciudad de Granada.

Caía la tarde y el sol comenzó a ocultarse, allá al fondo y muy lejos de ellos. Y como el río se ensanchaba más y más justo hacia el punto por donde el sol se iba, miraban algo asustados y muy asombrados. Y de pronto, fue la pequeña la que descubrió en fantástico espectáculo. Sorprendida dijo al hermano:
- Mira lo que ocurre sobre las aguas de este gran río, ahora convertido en mar y ancho camino.
Miró el hermano y más sorprendido aun comprobó que las violentas aguas del río Darro, arrancaban de raíz toda la colina de la Alhambra. Y sobre esta misma colina, como si fuera un maravilloso y gigantesco barco, el río se llevaba todos los jardines, murallas, torres y palacios de la Alhambra. Flotando en las aguas y hacia el punto por donde el sol se iba ocultando.

No paró de llover a lo largo de toda la noche. Dentro de la cueva ellos se acurrucaron y al amanecer del día siguiente, sintieron las voces de los padres que los llamaban. Salieron a la puerta de la cueva, avisaron a los padres y unas horas después, los cuatros se encontraban refugiados junto a la chimenea de su blanco cortijillo. La niña contó a la madre la gran crecida del río la tarde antes y la visión que habían tenido. Y como ella le preguntó:
- ¿Tú crees que esta riada se ha llevado a la Alhambra y a toda la ciudad de Granada hacia la puesta del sol que ayer tarde vimos?
La madre le dijo:
- La Alhambra no hubiera existido nunca si este río no hubiera trazado su camino por estos sitios. Y yo sé que, hace mucho tiempo, el río Darro fue testigo en todo momento del nacimiento de ese gran castillo encantado. También puede ser que, en algún momento que ahora no sabemos cuándo, este río tan bello sea testigo del último día de esos maravillosos palacios. El río Darro, de vez en cuando, tiene grandes crecidas y la Alhambra, como todas las cosas de este mundo, un día desaparecerá para siempre. Puede que ese final sea tal como ayer por la tarde vosotros lo descubristeis.

Desde el muro del río Darro

Hoy se le ve muy bonito, con aspecto de antiguo, color piedra vieja y como mirador pequeñito frente al río. Aunque es un muro ancho, que sujeta el agua del cauce y al mismo tiempo sirve para definir y trazar el paseo de la Carrera del Darro y también como balcón frente a la umbría, murallas y torres de la Alhambra. Por eso, muchas de las personas que ahora van y vienen por aquí, se paran en este muro, se asoman al río, hacen fotos, contemplan las torres de la Alhambra, comentan y hasta se sientan a charlar con los amigos. Y claro que es interesante, íntimo y original este pequeño muro en el río Darro, a lo largo del paseo que he dicho.

Pero en otros tiempos, hace muchos, muchos años, por donde hoy se alza este muro y se ven los puentes de piedra, ocurrieron y se vieron muchas e interesantes historias. A mí me han contado, sino todas gran parte de ellas. Y entre tantas historias y hechos interesantes, una leyenda es especialmente curiosa. Dicen que un hombre con dinero, con muchos amigos y algo de cultura, recibió el encargo de construir un puente en las aguas de este río. A la altura de lo que hoy conocemos como Puente de los Tableros o del Cadí. Y lo primero que hizo este hombre fue

hablar con los jóvenes que por aquellos tiempos vivían en las partes bajas del barrio del Albaicín. Más o menos cerca del lugar de la construcción del puente. Los reunió junto a las aguas del río y les dijo:
- Vamos a construir un puente en este río, aquí mismo. Y, para mí, vosotros sois lo primero y más importante. Necesito de vuestro trabajo para que este puente sea una realidad. Pero de vosotros, lo primero que quiero y necesito es que os guste este trabajo, que forméis un equipo unido, que os respetéis entre sí y estéis alegres.
Y algunos enseguida preguntaron:
- ¿Y cómo va a tratarnos usted para conseguir eso?
- Os digo cuales van a ser mis condiciones y principios: solo trabajaréis algunas horas al día, os pagaré un buen sueldo y os daré comida y casa para que viváis cerca del río y no lejos del puente que vamos a construir. ¿Qué os parece mi oferta?
- Que es algo tan fantástico que hasta creemos que estemos soñando. ¿Cuándo empezamos?
- Mañana mismo.

Y al día siguiente, dieron comienzo las obras. Abrieron cimientos, juntaron tablas, trajeron piedras y ladrillos y antes de que se pusiera el sol, dieron de mano. Se reunieron para comer, se refugiaron en el lugar donde iban a construir la casa para vivir durante el tiempo de la construcción del puente y, entre sí, muchos comentaron:
- Un trabajo como éste, donde se disfruta tanto y que entre nosotros haya tan buen ambiente, nunca se ha dado aquí en Granada. Yo estoy contento y soy feliz por completo.
- Y lo mismo dijo yo y me pasa a mí.
- Desde luego que todo es tan bonito que es mucho más que un sueño.
Y poco tiempo después se vio el puente ya casi concluido. También se veía a este grupo de jóvenes, a veces trabajando y charlando entre ellos y otras veces, reunidos frente a las aguas del río, celebrando el momento de la comida o refugiados en la casa que construyeron para vivir. Y los que por el lugar pasaban, comentaban:
- Esta forma de hacer las cosas es la mejor de todas. Nunca antes se ha visto por aquí. Y por eso, cada día debemos ser más respetuosos y agradecidos con el arquitecto de esta obra.

Y un día, pasado bastante tiempo, se terminó la construcción del puente. Dicen que el más bonito, importante y recio de todos los puentes que se han construido en el río Darro a su paso por Granada. Por eso al verlo, todos se quedaban maravillados y, los que más, fue aquel grupo de jóvenes trabajadores y amigos. Y aquel puente duró, muchos, muchos años pero como el tiempo siempre sigue su ritmo, poco a poco aquella obra se fue rompiendo. Tanto que hoy en día, ya no queda por aquí sino algunos restos muy viejos y cada vez más deteriorados. Las personas siguen pasando, yendo y viniendo por la orilla del río, hoy el paseo más bonito de Granada y de otros sitios. Y muchos, cada tarde o mañana, se paran en el pequeño muro frente al río y frente a la Alhambra. Hacen fotos a los restos que de aquel puente quedan, miran, preguntan y comentan pero nadie, absolutamente nadie ni recuerdan ni saben nada de aquel grupo jóvenes. También ellos, en sus ratos libres, miraban las aguas de este río y soñaban y preguntaban mientras entre sí, vivían y compartían momentos de ensueño.

Las torres de la Alhambra

Ahora es conocido con el nombre de Jesús del Valle. Del mismo modo en que fue bautizado varios siglos atrás. Pero antes, cuando en la Alhambra había reyes, príncipes y princesas, a este lugar se le conocía con el nombre de "El Valle de la Luz". Y tiene sentido este primer nombre y el segundo que le pusieron.

Porque el rincón sí es exactamente un valle. Todo un pequeño paraíso, más o menos a la mitad del recorrido del río Darro. A unos siete u ocho kilómetros del nacimiento de este río y casi a la misma distancia donde el cauce se entrega al río Genil, es donde se encuentra el valle que digo. Justo donde el río traza una amplia curva, obligado por una cuerda montañosa que nace justo donde la Alhambra se asienta. Esta gran colina, larga y muy robusta, es conocida con varios nombres: por donde la Alhambra, se le da el nombre de la Sabika, algo más arriba, el lugar muchos lo llaman Cerro del Sol, aunque sean los aledaños de este gran cerro, Luego, Dehesa del Generalife y llanos de la Perdiz. Y a la altura del valle que vengo diciendo, es donde encaja perfectamente el nombre del Cerro del Sol. Cumbre con 1036 metros de altura y verdadero Cerro del Sol porque es el punto más elevado. Por aquí, crecían y aun crecen, densos bosques de encinas, cornicabras, retamas, muchas aulagas y en las partes bajas, olivos y avellanos. Ya en los primeros tiempos de este edén, cuando era conocido como Valle de la Luz por lo bien iluminado que siempre está, gracias al brillante sol que en muchos momento lo baña, sembraban por aquí muchos olivos. También viñas y avellanos. Y dicen que las avellanas que se han dado siempre en este bellísimo lugar, eran las mejores de todo el reino de Granada. Lo mismo dicen de las uvas y el vino que salía de la viña que aun hoy en día puede verse no lejos del río. También en tiempos lejanos, en las tierras de este valle y en las laderas que a un lado y otro lo encierran, se daban muy buenas cosechas de cereales: trigo, cebada, centeno, avena…

Porque el Valle de la Luz, además de una belleza excepcional, desde tiempos remotos, ha tenido mucha agua y muy buenas tierras. Pero sobre todo, sol y agua en abundancia, pura y fina porque el manantial donde brotan, se abre en la montaña bajo una roca. Y precisamente por esta abundancia de agua y buenas tierras es por lo que, desde tiempos lejanos, en el lugar siempre hubo grupos de personas. Al principio del siglo quince, en la construcción y existencia de un gran cortijo hoy conocido con el nombre de Hacienda de Jesús del Valle. Un gran complejo, recio, ampuloso y de alguna manera, bello.

Pero mucho antes de la Hacienda de Jesús del Valle, era importante un pequeño cortijillo en las tierras de este singular paraíso. Bueno, había más de una construcción ocupadas por algunas familias pero una en concreto es lo que interesa en este relato. Se alzaba, no lejos de la corriente del río. Sobre una llanura cara al sol de la mañana y, por lo tanto, mirando a Sierra Nevada y a un lado y otro, las tierras estaban sembradas de viñas y olivos. Blanco, rectangular, rodeado también de álamos y avellanos y con su corral al lado de arriba, para ovejas y cabras. Por el lado de abajo y hacia el río, se veía la senda que llevaba al gran charco. Remansado en la arena, entre algunas piedras y a la sombra de un par de almeces. Aquí era donde la madre muchas veces acudía para lavar la ropa de los hijos y del marido.

Y los dos hermanos, de entre diez y doce años, muchas veces también se venían con la madre cuando ésta lavaba en el río. Jugaban ellos con la corriente de las aguas, juntaban piedrecitas de distintos colores y tamaños, buscaban nidos de ruiseñores, recogían frutos silvestres, moras, avellanas, bellotas, majoletas, selvas, azufaifas, acerolas… Y luego decían a la madre:
- Por las aguas de este río de la Alhambra, un día flotaremos un barco construido por nosotros y nos iremos navegando hasta Granada.
- Eso será muy divertido y una gran aventura pero ¿y si os perdéis navegando río abajo hacia la Alhambra?
- No nos perderemos porque, según nos ha dicho nuestro padre, la Alhambra tiene muchas torres que se ven desde gran distancia. Iremos atentos a estas torres y nos servirán de guía.

Y para ir conociendo las torres de la Alhambra, muchas veces ellos se iban con el padre, cuando éste labraba la viña o los olivos, por el lado de arriba del cortijo. Y en estas ocasiones, era el hermano el que siempre decía a la pequeña:
- Subamos a ese cerro a ver si desde lo más alto, divisamos las torres de la Alhambra.
Y por el campo, pisando la hierba y siguiendo las veredas de las ovejas, se iban al cerro. Desde lo más alto, miraban y como no descubrían ni la Alhambra ni sus torres, se decían:
- Pues mañana subimos a ese otro cerro más alto, que desde ahí seguro que sí vemos las torres que buscamos.
Y al día siguiente, mientras el padre labraba las tierras de la viña y la madre lavaba en las aguas del río Darro, ellos remontaban otro cerro. Desde este monte, como sí era muy alto, descubrían algunas de las torres. Y entonces se entusiasmaban y se decían:
- Pues mañana subimos al monte de aquel lado del río, que desde allí se tiene que ver mucho más.

Y otra vez de nuevo al día siguiente y al otro, al cuarto y quinto día, subían a un monte y otro para descubrir las torres de la Alhambra. Hasta que llegó un momento que ya habían subido a todo los cerros que el río Darro tiene por donde las tierras de Jesús del Valle. Y como ellos fueron descubriendo que todos estos cerros eran más altos que las torres de la Alhambra, se le fue ocurriendo una nueva idea. Comenzaron a darle nombres a cada uno de estos cerros y comenzaron a buscar de qué manera conectarlos con las torres que soñaban. Hasta que un día descubrieron que subiéndose a lo más alto del cerro más elevado, el de los olivares al otro lado del río, desde su cumbre, se veían cinco o seis montes muy altos y todos parecían estar en línea recta con las torres de la Alhambra. Éstas se divisaban al final del todo, muy lejos y por donde el río Darro se perdía.

Y una tarde, estando ellos en lo más alto de este monte, frente a la puesta del sol y con las torres de la Alhambra al fondo recortadas y todas alineadas con los cerros que conocían, la hermana pequeña dijo:
- ¿Y si en lugar de construir un barco para irnos por las aguas del río, un día damos un salto y desde estas cumbres salimos volando hasta las torres de ese gran palacio?

La despedida

Después de cuatro años, llegó el momento de marcharse. Justo cuando la primavera llegaba y, en las altas cumbres, las nieves se derretían. Por eso el río Genil y el Darro, el río y amigo de la Alhambra, comenzaban a bajar llenos. Siempre, cuando cada año el invierno se retira y las nieves empiezan a irse, estos dos hermosos ríos de Granada, se llenan a tope. Aparecen las cascadas, rebosan los charcos, se fraguan las corrientes y, como casi siempre esto ocurre en primavera, las aguas de estos ríos se tornan azules verdes. Colores purísimos que gustan mucho verlos y, más aun, cuando las aguas se remansan y juegan con la arena.

Y aquella tarde, recién llegada la primavera, ella le dijo a su amigo:
- Se acerca mi fin aquí en Granada.
- ¿Y cómo te sientes?
- Desde luego que muy triste.
- Pero vuelves, después de cuatro años, a tu país y casa.
- Eso es cierto pero ahora ya, en estos rincones de Granada, por donde el río Darro y lugares de la Alhambra, tengo trozos de mi corazón y hasta lo mejor de mi alma. Como tantas veces ya te he dicho, Granada, los paisajes que le rodean, sus silencios, tardes de sol y lluvia y cuando llega la primavera, es única. Respira y entrega una magia que aprisiona y llena hasta lo más íntimo. ¿Me entiendes?
- Un poco sí pero…
- Lo comprendo y por eso quiero despedirme tanto de ti como del río Darro, de la Alhambra y de Granada, en ese lugar que el otro día te dije. Te espero mañana por la tarde y vamos.
Después de un rato en silencio el amigo le preguntó:
- ¿Qué hay en ese sitio que no puedas revelarme desde ningún otro lado?
- Cuando estemos allí te lo explico. Porque también quiero que sepas y veas que de Granada, del río Darro y de la Alhambra, me llevo lo más hermoso. Mañana te espero, vamos al lugar que sabes y desde allí te muestro y explico.
- Pues mañana nos vemos.

Y a primera hora de aquella tarde mediado de abril, se les vio a los dos. Justo en el mismo puente del Aljibillo se encontraron y, después de saludarse, subieron por el camino que lleva a la Fuente del Avellano. La tarde se había nublado, no hacía frío ninguno, el sol salía a ratos y por entre las zarzas y álamos, los primeros ruiseñores ya cantaban. Dijo el joven a su amiga:
- Es una lástima que te vayas de Granada. Y más me entristece aun que sea ahora, cuando la primavera llega.
- Más lo siento yo pero mi pasaporte caduca, ya he terminado mis estudios y aquí no tengo trabajo.
- ¿Y volverás algún día?
- Eso quiero yo, volver y quedarme para siempre en Granada.

Subieron la pequeña cuestecilla del primer tramo de este camino y enseguida, a la derecha, vieron la sendilla. Por ella remontaron, agarrándose a las ramas de cornicabras y continuaron subiendo. Ahora ya por la umbría del Generalife, como al encuentro de la acequia. Trazaron con la senda, varias curvas y al llegar al rellano de la hierba, se pararon. Dijo ella a su amigo:

- Este es el lugar concreto y elegido por mí para despedirme de ti y de Granada.
- ¿Y qué es lo que hay aquí y quieres mostrarme?
- Mira conmigo río arriba y presta atención a lo que voy a decirte.
Le hizo caso y, desde la pequeña repisa muy alzada en la ladera, justo por debajo del Generalife, miró valle arriba en la dirección contraria a como vienen las aguas por el río. Al fondo y a lo lejos, se abría un largo y profundo valle escoltado por las dos laderas, tupidas de vegetación y sembrado de olivares, encinas y almendros. Y más al fondo aun, la bruma iba velando como en una cortina de niebla fina hasta dejar por completo todo tapado. Dijo el amigo:
- Desde luego que la tarde y este amplio valle del río Darro y visto desde aquí, todo parece hermoso y terriblemente misterioso.
Hubo un momento de silencio y luego comentó ella:
- Lo que acabas de decir es parte de lo que deseo mostrarte.
- Lo entiendo pero y lo que falta ¿qué es?
- Ya te dije que de Granada y de estos sitios de la Alhambra, me llevo lo mejor que en mi vida ha ocurrido.
- ¿Y qué es?
- Dos cosas muy concretas que dentro de mí tengo muy claro: en este valle que ahora mismo tenemos al frente y se nos pierdes en la lejanía entre la bruma, es donde siempre he soñado construir y tener mi pequeño palacio.
Y al oír esto, rápido preguntó el amigo:
- ¿Tu palacio? Si no tienes ni dinero ni trabajo y ni este río ni tierras te pertenecen ¿Cómo puedes soñar tan gran sueño?
- Lo he soñado, lo sueño y me llevo este sueño conmigo ahora que me marcho. ¿Quieres que te diga como imagino el palacio que te he comentado y me gustaría tener en este lugar concreto?

Esperó él unos minutos y al rato dijo:
- Sí, dímelo. Me va a gustar mucho saber cómo es este sueño tuyo.
Y sin perder tiempo la amiga aclaró:
- Allá a lo lejos, en lo más hondo y donde la bruma no deja ver más, es donde estaría este palacio mío. Y desde aquí, río Darro arriba, por la misma orilla de las aguas y entre las dos laderas, irían los caminos. Todos de tierra y piedra y a un lado y otro, sembrados de los jardines más bellos. Junto a las paredes de mi palacio, el agua del río remansadas y en cascadas por entre los almendros.
- ¿Y por qué aquí y de este modo has soñado y sueñas construir tu palacio?
- Porque ahora tengo muy claro que es este el único lugar del mundo donde el silencio es profundo, el agua clara como el viento y la serenidad auténtica y verdadera.
- ¿Solo por estas tres cosas sueñas tener aquí tu palacio?
- Desde luego que también por la belleza de los paisajes y la figura de la Alhambra, cerca. Pero para mí no hay tesoro más valioso que los sitios que por aquí regala el río Darro y la transparencia que de estos lugares mana. Llenar mi corazón de estos silencios, luces y colores, ahora sí estoy muy segura que es lo mayor fortuna que pueda tenerse en esta tierra.

Al oír estas palabras el amigo ya no preguntó nada más. Junto a ella y en la hierba, se sentó. Sin dejar de mirar la profundidad del valle y ahora, imaginando allá a lo lejos, el sueño que le había contado. Luego, cuando la tarde dejó paso a la

noche, regresaron a Granada. Al día siguiente ella se marchó y desde aquel momento, nunca más ha vuelto por estos lugares. Siguieron pasando los días, los meses y los años y él, cada tarde y sobre todo al llegar la primavera, vuelve al balcón de la ladera. Sobre la hierba se sienta y, mientras mira a la profundidad del misterioso valle del río Darro, la sueña. Sueña también con el palacio que ella imaginaba, mientras el corazón se le llena de tristeza y hasta llora. Pero en muchos momentos, también siente que su alma se le llena de la armonía y transparencia que la amiga explicó aquella última tarde. Y entonces se dice: "Sin duda que sentir el alma y cuerpo entero convertidos en la transparencia que por aquí el río regala, es muy hermoso. Quizá la fortuna más grande de esta tierra".

Los silencios del río de la Alhambra

El río que corre cristalino
rozando las murallas de la Alhambra
entre álamos y zarzas escondido,
es espejo y abriga en su alma,
los silencios y secretos más bonitos.
¡Cuánto saben y proclaman las aguas
de este bellísimo y transparente río,
ruiseñor enamorado de Granada!

Con frecuencia se le veía por las orillas del río Darro. Siguiendo el trazado de las sendillas que por esos lugares iban, en busca de su "rincón pequeño". Porque con este nombre era como él siempre llamaba al solitario balcón frente al río. Pequeña repisa natural, alzada en una de las laderas, umbría o solana de la Alhambra y donde reinaba siempre un gran silencio. Tanto que hasta parecía que ni siquiera el tiempo por allí pasaba y las personas, tampoco. Solo él, cuando cada tarde llegaba, se acomodaba en lo más alto, siempre donde la hierba se extendía en alfombra, no lejos del viejo almez y alzado en la ladera.

Y en este punto concreto, mirando al río, sumido en hondo silencio y quietud, se quedaba, a veces horas y horas. Muy pocos lo veían aunque sí muchos lo conocían. Vivía en las partes bajas del barrio del Albaicín, no lejos de la Alhambra y por eso estaba enamorado, no tanto del gran castillo como sí del río Darro, amigo inseparable de estas torres y murallas. Las aguas de este río, su rumor al saltar por la corriente, sus silencios remansados en los charcos y la luz que siempre con la corriente jugueteaba, era lo que a él más le divertía y alimentaba. Solo de vez en cuando, algún conocido se le acercaba, cuando lo veía recogido en el mirador de su rincón pequeño y comentaba:
- Debe ser algo muy grande lo que cada día descubres tú en las aguas de este río.
- ¿Por qué lo dices?
- Tanto rato aquí sentado, un día y otro y siempre frente a estas agua y como ajeno a cuanto te rodea, es por algo que los demás no sabemos ni adivinamos.
Y en alguna ocasión él les respondía:
- Es mi secreto personal pero sí que me alimento y me sacio de algo que nadie ni nada puede darme por ningún lado en este suelo.

Y a veces, en aquellos momentos o cuando la tarde caía y el sol se iba apagando, aparecía la niña. De pelo negro, cara redonda y cuerpo menudo y frágil como un soplo de viento. Él siempre se le quedaba mirando y esperaba. Ella, un día y otro y casi siempre por las tardes, se paraba en un punto concreto del río. Donde las aguas se remansan y parecen más puras que en ningún otro punto, miraba para el lado de la Alhambra en lo más alto de la colina y la llamaba:

- Mamá, asómate a la ventana que quiero decirte algo.

Y nadie se asomaba. Ni a la ventana ni a la puerta ni a ningún otro lado. Pero ella, después de un rato, esperando una respuesta, otra vez la llamaba:

- Mamá ¿dónde te has metido?

Y pasado otro buen rato sin que nadie apareciera ni contestara, la pequeña daba media vuelta, en silencio subía por la torrentera y cabizbaja se iba a su cueva, meditando nadie sabía qué.

Tampoco nadie parecía verla ni saber quién era ni lo que en su corazón palpitaba. Pero él, desde el balcón pequeño alzado en la ladera y frente al río, sí la observaba en silencio. Y a veces se preguntaba: “¿Quién será esta niña y por qué tantas veces viene a este río en busca de la madre que nunca se presenta?” Y como nadie tampoco respondía a esta pregunta, allí, en su silencio, frente a las cristalinas aguas del río, seguía quieto. Como ajeno por completo al mundo que le rodeaba aunque sí parecía alimentarse de las purísimas aguas de la corriente.

A sus espaldas, también siempre silenciosas y muy hermosas sobre la colina, emergían las torres y murallas de la Alhambra. Como mirando con él irse las aguas del río y como meditando y diluyéndose en el silencio y los imperceptibles pasos del tiempo. ¿Quién era él y la pequeña del río que tanto necesitaba de la madre que nunca parecía? ¿Qué misterios o secretos eran los que en el corazón de uno y otro, palpitaban y por qué la Alhambra sí parecía conocerlos y arroparlos desde su eternidad clavada? También yo sé dónde está y como es exactamente el rincón donde cada tarde se sentaba frente al río y abrazado por el más limpio de los silencios. Conozco el sitio que en forma de balcón se eleva cerca del río Darro pero no voy a descubrirlo. Ahora sé que el lugar, tiene algo de sagrado porque pertenece al universo de lo eterno y por eso nadie debe nunca mancharlo. Le pertenece, y también al río, como algo único y para siempre, ya que fue y sigue siendo su especial trocito de cielo.

Diamantes del río Darro

Diamantes líquidos, azul claro
son las cantarinas aguas
que van por el Darro,
desde la nieve en las montañas,
para quedarse sembrados
en los jardines de la Alhambra.

En aquellos tiempos, además de muchos huertecillos, veredas y algunas alamedas, junto a las aguas del río Darro, había molinos. Construcciones, algunas pequeñas y otras no tanto, levantadas en las mismas orillas de las aguas y casi siempre por dentro, llenas de vida. Olían a trigo granado y convertido en harina blanca y, en otros momentos del día, a pan recién hecho con sabor a gloria. Y todo sazonado con el run, run continuo de la piedra de granito machacando el trigo y el chapoteo de las aguas pasando y pasando.

Casi todos estos molinos estaban ocupados, en sus momentos de trabajo, por hombres sencillos, muy pobres algunos, delgados o recios pero todos buenos. Ilusionados con su trabajo y felices por vivir cerca de las aguas de este río y orgullosos de las tierrecillas de sus huertos y de la figura de la Alhambra, siempre sobre la colina como vigilando o dando compañía. A primera hora de las mañanas, algunos comentaban con sus compañeros:
- Este molino nuestro, será viejo, pequeño y poca cosa pero hay que ver qué hermoso se ve junto a este río.
- Y que lo digas. Este pequeño molino nuestro, el de más arriba y el de más abajo, es como si fuera la mejor decoración del río. El Darro, el río de la Alhambra, no sería lo que es sin nuestros molinos.
- Y de sus aguas claras, sustancia fina de las montañas ¿qué me dices?

Y el compañero y el que trabaja en el otro molino de abajo y en el de arriba, siempre respondían:
- Que son diamantes líquidos las aguas del río que mueven nuestros molinos.
Y esto lo decían porque continuamente el agua del Darro parecía nieve recién derretida. Y cuando más se veía este bellísimo espectáculo, era por las tardes, un poco antes de ponerse el sol. Si se miraba al río un poco alzado en las laderas que tiene a un lado y otro, siempre se veían los viejos molinos decorando junto a la corriente. Y siempre de estos molinos, emergían como pequeñas torres de piedra, algo parecidas a las torres de la Alhambra. Y como al darles los rayos del sol de las tardes, las aguas relucían con tonos de diamantes líquidos, ellos decían y creían que sí: Que las aguas del río Darro, eran esencias de diamantes líquidos que bajaban de las montañas a mover las piedras de sus molinos.

Los pobres del río Darro

Ellos no sabían ni leer ni escribir pero tenían gran sabiduría. Quizás mucho más que los reyes de la Alhambra y que los generales que los servían. Porque ellos tenía muy claro que mostrarse sencillos en la vida y humanitarios con los demás, les protegía. Por eso, cuando alguien llegaba a sus casas o se acercaban a ellos cuando cultivaban las tierras de sus huertos, siempre le decían:
- Sed bienvenido y cualquier cosa que necesites, si yo la tengo o puedo, cuenta conmigo.
Y luego siempre, le ofrecían algo de comida, lo que tuvieran aunque fueran pobres. En ocasiones también decían:
- Quizás esté cansado o tenga sed o hambre. Con esto recuperará algunas fuerzas y como estos productos míos son buenos, ya verá qué bien le sienta.
Y a los que realmente le sentaba bien era a ellos mismos. Porque se sentían

generosos, buenos por dentro y en el fondo, a salvo de que los atacaran o robaran. Entre sí, siempre comentaban:
- Aunque las personas sean desconocidas, hay que comportarse con ellos como si fueran amigos de toda la vida.

Y un día, por donde el río Darro tiene tierras llanas en sus orillas, antes de Granada y desde donde ya se ve la Alhambra, llegaron unos jóvenes. Un grupo de cinco o seis, con perros, mal vestidos, con barbas y pelos largos y sin más utensilios ni alimentos. Se acercaron al río y donde las ruinas de un solitario edificio, se quedaron. Desde hacia tiempo este edificio estaba abandonado y se caía poco a poco. Los pobres de esta zona del río Darro no conocían al dueño de estas ruinas pero ellos sí respetaban el lugar como algo que no les pertenecía y que sí tendría su propietario. Sin embargo, los jóvenes, nada más aparecer por el sitio, se fueron derechos al edificio abandonado y enseguida lo ocuparon. Al verlos, los que tenían los huertecillos cerca o alguna casa o cueva, entre sí comentaron:
- No los molestemos ni les digamos nada que pueda ofenderles. Que no se hagan enemigo de nosotros porque eso no sería bueno para nadie.
- Sí, hagamos esto. Y si se acercan a nosotros cuando estemos cultivando las plantas de nuestros huertos, démosle lo que tengamos. Mejor que se lo demos nosotros a que ellos nos lo roben cuando no los veamos.

Y aquella misma tarde, el hombre pobre que tenía unas tierrecillas no lejos del edificio en ruinas, dijo a su mujer:
- Prepara una cesta grande llena de cosas. Todo lo que tengamos y puedas.
- ¿Para qué la quieres?
- Tú hazme caso y prepara lo que te digo. Después lo comentamos.
Y al instante la mujer cogió una cesta de mimbre, puso dentro patatas, higos secos, algunas naranjas y limones y también pan y uvas pasas. Cogió el hombre la cesta, en compañía de su hijo, caminaron por la senda dirección a la vieja casa, llegaron a donde los jóvenes estaban, los saludó y les entregó la gran cesta repleta de alimentos, diciendo:
- Esto es lo que tenemos. Compartirlo entre vosotros y así al menos, por unos días, coméis buenos productos. Después, Dios proveerá.
Ellos se lo agradecieron, se repartieron entre sí los frutos y luego dijeron:
- Tienen buen corazón estas personas pobres del río Darro, el de la Alhambra. Y como nos tratan bien, debemos respetarlos y no hacerles daño.

La acequia del río Darro

El agua que corre a los pies de la Alhambra,
savia de los altos montes
por donde se acumulan las nieves blancas,
tiene alma propia
y en su corazón, la eternidad tallada.
Las acequias, fuentes y el río Darro,
cada día lo anuncian al llegar el alba.

Desde su nacimiento, en la Fuente de los Porqueros, por encima del pueblo de Huétor hasta su desembocadura en el río Genil, el río Darro tuvo y tiene muchas acequias. Pequeños canales artificiales, la mayoría de tierra y construidos en tiempos antiguos, para llevar el agua a las huertas, casas y cuevas. Muchos de estos canales, eran y son pequeños, de recorrido corto y de escaso caudal de agua. Otros eran y son largos, con mucha agua, como es el caso de la Acequia Real de la Alhambra o la de Aynadamar. Bastantes de estas acequias, regaban y siguen regando las tierras llanas en las riveras del río Darro. Otras, alimentaban molinos de aceite y de harina y muchas servían para llenar aljibes, sustentar fuentes y regar jardines en las casas particulares y cármenes.

Justo mismo donde nace este río, Fuente de los Porqueros o Nacimiento, ya hay acequias. Dos muy grandes que por la derecha y por la izquierda, llevan agua a molinos, olivares, tierras de cultivo, pequeñas vivienda y al pueblo mismo y a más huertas. A su paso por el pueblo, al río le siguieron construyendo acequias. Ya por debajo del pueblo y hasta el paraje de Jesús del Valle, a un lado y otro, siguen saliendo canales. Uno de estos canales aun alimenta a una pequeña fábrica de luz. Más abajo se remansa la presa de la Acequia Real de la Alhambra y luego las tierras y cortijo de Jesús del Valle. Por este sitio, las acequias no solo regaban tierras sino que alimentaban molinos de aceite y de harina y daba agua a viviendas, pilares y corrales de animales. Y desde este hermoso valle hasta Valparaíso, seguía y aun sigue saliéndole acequias a este corto pero fantástico cristalino río Darro.

Hoy en día, desde Jesús del Valle para abajo, muchas de las acequias antes mencionadas, están rotas o perdidas pero por Valparaíso y hasta cerca del Puente del Aljibillo, todavía hay una que tiene vida propia y es útil. Algunas personas aún conservan sus huertecillos por las riveras del Darro y, sobre todo, por Valparaíso y Fuente del Avellano. Por eso es justo aquí, por donde los parajes de la Fuente del Avellano, frente a la Abadía del Sacromonte y las laderas de las cuevas, por donde aun corre la Acequia del Avellano. En tiempos antiguos a esta acequia se le conocía hasta con tres nombres deferentes: Acequia de Santa Ana, de Romaila y de los Ajares. Sale del río por encima de la Abadía y, por el lado de la umbría del Generalife, desciende paralela al cauce elevándose poco a poco hasta por debajo del Rey Chico. En la misma umbría del Generalife y a media altura y parte alta, se encuentran las dos más grandes acequias que le han construido a este río: la Acequia Real de la Alhambra y la del Generalife. Pero la pequeña acequia del Avellano, tenía y tiene algo que no se da en ningún otro canal de este río.

Fue construida esta acequia en tiempos muy lejanos. Casi antes que la Alhambra y principalmente para regar huertecillos. También para regar jardines de cármenes y para que de ella cogieran agua algunos habitantes de los barrios por debajo de la Alhambra. Aun hoy en día sucede esto. Pero en aquellos tiempos, para lo que más servía el agua de esta acequia era para dar vida a las tierras de los huertos que vengo diciendo. Por eso, siguiendo su trazado, a primeras horas del día y al caer las tardes, siempre se veían hombres que iban y venían con sus herramientas de labor a cuestas. Al encontrarse unos y otros, se saludaban y preguntaban:

- ¿Qué? Tu huertecillo este año ¿va a darte buena cosecha?
- Más o menos como el año pasado. ¿Y el tuyo?

- Mis plantas están que dan gusto verlas. Con esta agua tan buena y fresca que a todas horas nos regala el río y este sol de primavera, mi huertecillo creo que me va a dar una muy buena cosecha.
- Pues hay que agradecerle al cielo que nos premie con este tesoro de río de tan abundante agua fresca y pura.
- Eso desde luego. Y también hay que agradecer la suerte de vivir en este lugar tan bueno y este barrio y ciudad tan mágica. Montañas, bosques y ríos, hay en muchos lugares del mundo pero como las maravillas que aquí tenemos, no existe en ninguna otra parte del planeta.

Y al caer las tardes, en aquellos todavía frescos días de primavera, estos hombres se juntaban. Justo por debajo de lo que hoy es la Fuente del Avellano y cerca de la acequia, encendían un fuego. Alrededor de sus llamas se sentaban y mientras contemplaban irse el sol, derramando sus últimos rayos sobre las torres de la Alhambra, charlaban. Se repartían entre ellos algunos frutos de los huertos y, mientras se calentaban y charlaban, gozaban del rumor del agua y del brillo de las estrellas en los cielos de Granada. Nadie le daba importancia a estas sencillas reuniones de aquellos hombres pobres. Pero aun hoy en día, cuando se recorre este trozo de acequia, el corazón se asusta y se alegra.

Porque, junto al fuego, cerca de la clara acequia y no lejos de las tierras de sus huertecillos, ellos parecen haberse quedado para siempre. Compartiendo las llamas de la lumbre, hablando de sus sencillas cosas y mirando a las estrellas. Por eso, esta acequia del Avellano y en este tramo concreto, tiene alma propia y es muy diferente a todas las demás acequias del río Darro. A través del tiempo, ellos siguen vivos por aquí y como contemplando y gozando del agua que corre a los pies de la Alhambra.

En el puente del Aljibillo del río Darro

Me lo dijeron y no lo creía. Por eso, durante algunos días, pensé mucho en ello. Y aquella noche, última del mes de marzo, ya en la cama me dije: “Mañana mismo tengo que ir a verlo”. Y al día siguiente, primer día del mes de abril y comienzo de la Semana Santa, me dediqué a ello.

El día amaneció nublado, sin frío ninguno, con los naranjos llenos de flores y, en los jardines y cármenes de Granada y por la Carrera del Darro, cimbrándose y florecidos los narcisos. Olían a incienso fresco algunas de las calles de Granada y por la Carrera del Darro, la luz, los colores, el rumor del agua, los turistas y la hermosa figura de la Alhambra, llenaban de entusiasmo el alma. Caminé despacio y a primera hora de la tarde, me dirigí al pequeño puente de piedra. Se le conoce con el nombre de Puente del Aljibillo y es el último que el río Darro tiene, subiendo desde el centro de Granada hacia la Fuente del Avellano. Justo donde termina el Paseo de los Tristes y comienza la Cuesta del Chapiz y camino o cuesta de los Chinos o del Rey Chico. Lugar éste muy conocido por todos los habitantes de Granada. Porque, además de ser muy bonito y único en el río Darro, también se rodea de misterio y luces fantásticas al caer las tardes y frente a la Alhambra. Yo diría que no hay en toda Granada un rincón tan bello y mágico como el Puente del Aljibillo.

Por eso, según me iba acercando, el corazón me latía a prisa y la curiosidad me comía. Ya he dicho que yo, como muchas otras personas que tenían conocimiento de los hechos, no me lo cría. Pero por bastantes sitios de Granada, muchos comentaban:
- Que tal como están los tiempos ahora, nadie regala nada.
- Parece de locos y por eso algunos no se lo creen pero es cierto.
- ¿Y tú lo has visto y comprobado?
- Con mis propios ojos y ayer mismo.
- Pues si es así, habrá que ir a verlo. Que tal como están los tiempos ahora, si las cosas son como dices, es un milagro que solo puede suceder en Granada, no lejos de la Alhambra y junto a las aguas del río Darro.

Estas o cosas parecidas iba meditando mientras me acercaba al puente. Y vi a las primeras personas concentradas y formando fila al final de la plaza del Paseo de los Tristes y otros ya subiendo para la Alhambra, por la Cuesta del Rey Chico. Ya he dicho que el día era muy hermoso, sin frío ninguno ni viento y como con algo mágico suspendido en el tiempo. Me fui acercando poco a poco y cuando estuve al comienzo del bonito puente, me paré. Miré buscándolo y lo vi. Estaba sentado en el pequeño muro del lado de arriba y hablaba con las personas que a él se acercaban. Les preguntaba:
- ¿Cuántos libros quieres?
Y algunos le decían:
- Yo me conformo con dos y también dos entradas.
De las cajas de cartón que tenía junto a sí, cogía los libros y las entradas, se las deba a la persona y le decía:
- Que disfrutes este libro y también disfrutes mucho recorriendo la Alhambra y los hermosos rincones de Granada.

Y el siguiente decía:
- Yo quiero tres libros y cuatro entradas.
- Pues a mí me da usted dos entradas y seis libros. Se los voy a regalar a mis hijos y a mis nietos.
- Y a mí, solo un libro y una entrada.
Y a unos y a otros, sin cobrarles nada, iba dando lo que cada cual le pedía al tiempo que les repetía:
- Como la Alhambra y Granada, nada hay en el mundo entero. Que esto te sirva un poco para gozarla a fondo y conocer sus misterios.
Fue avanzando la cola y cuando llegué a él, lo miré despacio, miré al libro que regalaba y luego miré al río Darro y a la Alhambra. Me preguntó:
- ¿Cuántos libros quieres tú?
- Con solo uno y una entrada, tengo bastante.
Me alargó el libro y al cogerlo, leí enseguida el título: “La Fantasía del sueño más bello, Alhambra de Granada”.

Me guardé la entrada y cuando comenzaba a subir por la Cuesta del Rey Chico, oí que varias personas comentaban:
- Apenas nadie lo conoce en Granada pero muchos dicen que tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él. Y parece que lo único que se le ha ocurrido, es editar este

libro y comprar entradas para visitar los palacios de la Alhambra, y regalar todo esto a todo el que viene por aquí.
- Un hombre bueno y enamorado de la Alhambra y de Granada, sin duda. Y más valor tiene aun, en los tiempos que vivimos.
- Y lo más original, es el rincón que ha escogido para repartir estos libros y las entradas.
- Sí, porque el Puente del Aljibillo, en el río Darro y frente a la Alhambra, es un rincón único no solo aquí en Granada sino en el mundo entero.

El caballo blanco de río Darro

Era una de las personas más importantes en la Alhambra. No tanto como el rey, pero en el fondo, mucho más. Porque el ostentaba el cargo de Secretario General. Por eso muchos trabajaban a sus órdenes, las cuentas y el dinero pasaban por sus manos, las obras y arreglos de los palacios, lo que se le pagaba a los empleados y soldados y hasta las órdenes que el rey daba. Todos decían que era un hombre serio, inteligente, bastante soberbio y muy rico. Por eso muchos allí en la Alhambra, por el barrio del Albaicín y riberas del río Darro, decían:
- Es lo de siempre, todo el que maneja dinero de los de constituyentes, al final acaba llenándose los bolsillos.
- Y eso es cierto porque si no ¿decidme vosotros de dónde ha sacado para costearse el palacio que tiene junto al río?

Se referían ellos a un fantástico y bellísimo palacio, junto al río Darro, entre las casas del Albaicín y lo que hoy se conoce con el nombre de Sacromonte. Todo de piedra tallada, con vigas y artesonados de madera, columnas y escaleras de mármol blanco rematadas con mármol verde y negro y jarrones y cuadros de vidrio y hermosa cerámica. También este palacio tenía un buen trozo de tierra a su alrededor, sembrado de tupidos jardines y con muchos árboles frutales y de flores. Los granados, cipreses y ciruelos eran los árboles que más se le gustaban a este secretario General. También le gustaban mucho las fuentes de agua clara entre los jardines de su palacio, la grandiosa vista que desde todas las ventanas de su palacio, tenía hacia la Alhambra valle del río Darro y de Granada. Por eso cuando estaba con sus amigos, también ricos e importantes como él, los invitaba a pasear por los jardines y siempre les preguntaba:
- ¿Decidme vosotros si por algún sitio y a lo largo de vuestra vida, habéis visto alguna vez un palacio tan bello como éste mío?
- Nunca lo hemos visto.
- Y además, aunque está hecho con el lujo más grande y el gusto más exquisito, no me ha costado ni un duro.
Y sus amigos le preguntaban:
- ¿Y cómo lo has conseguido?
El hombre importante, dándoselas de astuto y sabio, seguía diciendo sus amigos:
- Aquí entre nosotros y en confianza os digo que todo este palacio ha salido del sudor de gente pobre y humilde. De los impuestos que cada año les cobramos y de la opresión que ejercemos sobre ellos.
- Es que los pobres, los incultos y miserables, siempre han sido una gran fuente de riqueza pero no para ellos mismo. No hay nada mejor que mantenerlos a raya,

doblegarlos y cobrarles impuestos para sí manejarlos a nuestro antojo.

Por el lado de arriba de su palacio, siguiendo el curso del río Darro y en las laderas del Sacromonte, una familia muy humilde, vivía en una cueva. Dos hijas tenían y el padre, todavía joven, fue llamado un día por el rey. Al saber la noticia, de rápido lo comentó con la mujer y ésta le preguntó:
- ¿Para qué te llamará?
- No lo sé.
- ¿Acaso el rey o los de la Alhambra tienen de nosotros alguna deuda que cobrar?
- Nosotros no tenemos ni animales ni riquezas. Por eso, aunque el rey quiera, por nada puede cobrarnos impuestos. Nada le debemos.
- Entonces ¿para qué que te llamará?
- En cuanto mañana suba a la Alhambra y me lo digan, lo sabremos.

Y en la Alhambra, en uno de los recintos militares, le dijeron:
- Es cierto que nada debes al rey pero te necesitamos.
- ¿Quién me necesita y para qué?
- Te necesita el sultán de Granada para luchar en la guerra que sostiene con los que quieren echarnos de este reino.
- Pero yo tengo mujer y dos hijas. Si me llevan a la guerra ¿quién va a cuidar de ellas?
- Las cosas son así y nosotros cumplimos órdenes.
Y muy apenado y triste el hombre de la cueva preguntó:
- ¿Y si me sublevó contra la orden del rey?
- Ni se te ocurra porque entonces, serás apresado y ejecutado y de este modo nadie que tu familia saldrá ganando.
- Pues decirme entonces ¿cuándo tengo que presentarme para ir a la guerra?
- Ahora mismo ya te necesitamos pero vuelve a tu casa, despídete de tu familia y te presentas aquí mañana por la mañana al salir el sol.

Volvió a su casa, comentó a su familia lo que le habían dicho y a aquella noche nadie durmió en la pequeña cueva. La madre lloraba de vez en cuando y las hijas se abrazaban a ellas preguntando:
- ¿Y cuándo volverá nuestro padre?
- Quizá vuelvo pronto o quizá no vuelva nunca.
- Y sin él, contigo enferma y nosotras tan pequeñas ¿cómo podremos seguir viviendo?
Preguntaba la hija mayor. Nada respondió la madre y sí el padre, al salir el sol al día siguiente, se presentó todo en el los recintos de la Alhambra.

Junto a su bonito palacio, también este hombre importante, tenía un trozo de tierra. Por las orillas del río Darro, más o menos a la altura de la fuente del avellano y no lejos de muchos huertecillos de personas pobres del barrio del Albaicín. Y en este trozo de tierra, había construido un cobertizo donde cuidaba y protegía un bonito caballo blanco. Porque a él, también una de las cosas que le gustaba mucho eran los caballos. Para ir a las montañas de caza con sus amigos o simplemente su para subirse en ellos y darse paseos por Alhambra o calles de la ciudad. Se decía: “De este modo, las personas se fijarán en mí y al verme en esta magnífico caballo blanco, se impresionarán y me temerán más. A los pobres, para

sacarles hasta la última gota de sangre, siempre hay que tenerlos asustados. Y este caballo mío, tan blanco, tan robusto y con estas crines y cola tan bonita, a los pobres les debe impresionar mucho".

Este era el motivo principal por lo que el hombre "importante", mostraba tanto interés por su caballo. De aquí que todos los días, de los trozos de pan que sobraba en las mesas de los reyes, un criado recogiera varias cestas. Le había dado órdenes para que guardara estos trozos de pan y cuando tuviera un par de sacos, los cargara en su borriquillo y se los llevara al cobertizo donde guardaba su caballo blanco. También le había dicho a este hombre:
- Pero a ti que no se te ocurra darle ni un solo trozo de este pan a mi caballo. De eso me encargo yo, que para eso soy su dueño y hago lo que me gusta.
- Usted descuide, señor. Yo siempre haré exactamente aquello que me ordene.
- Así me gusta.
Y el pobre criado, cuando recogía de las mesas estos trozos de pan, cuando los guardaba en los sacos y cuando los transportaba en su borriquillo, constantemente se decía: "¡Con la cantidad de personas que pasan hambre y hasta se mueren y que éste pan tan bueno sirva de alimento a un caballo…! Le entraban ganas de, a escondidas, coger algunos de aquellos mendrugos y comérselos porque él también pasaba mucha hambre. También en ocasiones y siempre a escondidas, se sentía tentado a esconder algunos de aquellos trozos de pan para luego llevárselos a sus hijos pero nunca llevó a cabo esta acción. Sabía que si lo descubría el hombre "importante" no solo se quedaría sin su trabajo si no que podría costarle la vida.

Pero un día, cuando el criado del borriquillo dejó su carga en el cobertizo del caballo blanco, el hombre "importante", enseguida se acercó. Miró los sacos de mendrugos, los vació y contó cada uno de los trozos. Se dijo: "De este criado mío así como de otros muchos, no me fío ni un pelo. Todos ponen caras de santos cuando están en mi presencia pero luego por detrás, traicionan, engañan y hasta roban". Por eso anotó bien el número de trozos de pan que había en los sacos y luego se fue, diciéndole a su caballo: "Al caer la tarde volveré por aquí y te daré de comer todo lo que quieras. Sé que te gusta este pan duro porque para ti también es comida de reyes". Y volvió al caer la tarde. Justo cuando ya se ponía el sol y lo primero que hizo fue, en cuanto llegó al cobertizo, fue sacar otra vez los trozos de pan y contarlos. Y para su asombro, comprobó que le faltaban diez mendrugos. Se dijo: "¡Maldito criado! Como me imaginaba, me está robando. Va a saber lo que es bueno en cuanto lo coja con las manos en la masa.

Le dio de comer a su caballo y al día siguiente, esperó a que el criado llegara con su borriquillo. No le dijo nada pero en cuanto dejó la carga y se fue, se puso a contar los trozos de pan. Lo anotó bien todo en un papel y luego, en lugar de regresar a su palacio, buscó un rincón oculto y allí se agazapó. Se dijo: "Quiero cogerlo con las manos en la masa para así poder acusarlo y que de ningún modo pueda defenderse. Estos malditos, todos lloran como unos cobardes en cuanto se sienten descubiertos y eso es lo que quiero yo: verlo llorar implorando de rodillas a mis pies". Esperó paciente toda la tarde y cuando ya caía el sol, sintió el ruido de personas. De nuevo se dijo: "Ya está aquí. Voy a esperar un momento para cogerlo como tengo pensado".

Esperó un momento, sin dejar de mirar y cuando ya creía que el criado estaba cogiendo los mendrugos de pan, salió de su escondite, se acercó de prisa por detrás y a dos pasos del ladrón, se paró y dijo:
- ¡Ya te tengo!
La muchacha dio un fuerte grito, se volvió para atrás y se agarró al hermano mientras decía:
- No estamos robando.
Y el hombre "importante", a ver cara a cara la figura de la muchacha y la del niño, se quedó de piedra. Sin aliento y sin saber qué decir. No tuvo que preguntar nada porque ella enseguida dijo al hombre:
- No tengo padre porque se lo han llevado a la guerra, mi madre está enferma y mi hermano y yo nos morimos de hambre. Solo he cogido unos mendrugos para comérnoslo esta noche y así vivir un poco más.
- ¿Dónde vives?
- En la vieja cueva que hay al otro lado del río, frente a la Alhambra.
- ¿Y no sabes que robar es un delito?
- Eso es lo que me ha dicho mi madre. Pero yo pienso que por coger unos mendrugos de pan duro para no morirse de hambre, no puede ser ningún delito.
- Con este pan es con lo que yo alimento a mi caballo. Tú, tu hermano y tu madre, a mí no me importáis nada.

Y el hombre "importante", después de echar un largo discurso sobre ladrones, personas pobres y ricos, dijo a la muchacha:
- Por esta vez, os voy a perdonar vuestro robo. Pero no aparezcas más por aquí porque de lo contrario acabaréis todos en el calabozo.
- ¿Y no le da pena a usted mi madre enferma y este pobre hermano mío?
- Ninguna pena. Mi hermoso caballo blanco es lo que de verdad me importa.

Y dicen que unos días más tarde, a la madre con sus dos niños, se los encontraron muertos en su pobre cueva. Los vecinos los enterraron en la ladera, no lejos del río y el hombre "importante", al enterarse, dijo:
- Tres ladrones menos en este mundo y más pan para mi caballo.

Ecos del tiempo por la Carrera del Darro

Desde hacía mucho tiempo, iba y venía por las calles de Granada. Buscando lo que ni él mismo sabía qué, pero buscando. Su corazón le decía que, en muchos de los rincones de Granada, el tiempo tiene escondido, vidas e historias de personas, hermosas y llenas de misterio. Y por donde él más intuía estas historias congeladas en el tiempo, era por la orilla del río Darro. Por el rincón que ahora es conocido en Granada y en otras partes del mundo con el nombre de "Carrera del Darro". Lugar éste, a los pies de la Albaicín y de la Alhambra y muy cerca de las aguas del río, muy bello, revestido de oculta magia y con una enorme carga de secretos.

Por eso aquella tarde, ya final del invierno y con la primavera alumbrando, se fue otra vez a sus paseos. Cruzó por debajo del Arco Elvira, lento recurrió la

estrecha y en emblemática calle y al llegar a Plaza Nueva, giró para la izquierda. Buscando el comienzo de la calle que recorre el río y perdido por entre los turistas. Caminó despacio, observando a los que por aquí iban y venían y buscando, como tantas otras veces, lo que por este rincón de Granada, tiene escondido el tiempo. En los dos pequeños puentes de piedra se paró un rato, observó a los gatos que desde hace mucho viven por aquí junto al río, hizo algunas fotos y luego siguió. Con la imagen de la Alhambra alzado sobre la colina, a su derecha y con la figura de la ladera que desde lo alto cae.

Al llegar a la altura de lo que hoy se conoce como iglesia de San Pedro, se paró. Junto al muro del río, a mirar y escuchar algo que en su corazón había oído. Se dijo: “No es el ruido de las personas ni de los coches que por aquí pasan ni tampoco es el canto de los mirlos ni el rumor de las aguas del río”. Escuchó más concentrado y comenzó a distinguir con claridad, sonidos de cascos de caballos. Miró con mucho interés y aunque descubrió toda la Carrera del Darro repleta de personas que iban y venían charlando, notó que toda la calle estaba desierta. Sólo se veía un gran grupo de caballos que avanzaban río arriba, golpeando sus cascos contra los adoquines y piedras de la calle.

Y estando concentrado en el ruido que hasta sus oídos llegaba, de pronto vio que junto a él, alguien se paraba. Lo saludó y le preguntó:
- Sé que buscas por aquí lo que ni siquiera sabes y muchos por completo ignoran.
Miró para su derecha y junto a él descubrió la figura de un hombre alto, joven de pelos negros, con barbas y muy fuerte. Le preguntó:
- Busco lo que me acabas de decir pero ¿por qué lo sabes?
- Lo sé y eso es lo que a ti debe interesarte. Puedo ayudarte.
- ¿Cómo?
- De la manera más sencilla pero por completo cierta y satisfactoria para ti.

Y vio que el joven desplegó un papel, se puso frente a la ladera que caía desde lo alto de la colina de la Alhambra y de nuevo dijo:
- Mira al frente de esta ladera, ahí un poco por debajo de las murallas y entre esos árboles.
Le hizo caso y miró lleno de interés. Y al rato vio que en ese punto de la ladera, se abría como una ventana a través del viento. Al fondo de esta ventana, descubrió como un gran círculo y más al fondo, pudo ver como la figura de varias personas jóvenes y un pequeño jardín lleno de flores. Preguntó al que se había parado a su lado:
- ¿Qué es esto que veo con mis ojos?
- Una puerta muy concreta que, a través del viento y del tiempo, se te abre como invitado a que pases.
- ¿Pasar a dónde?
- A una dimensión muy concreta que el tiempo esconde y donde se concentran y esperan muchas de las cosas en tu corazón intuyes y alimentas.
- ¿Tiene que ver con hechos reales ocurridos aquí en Granada?
- Y más concretamente, hechos ocurridos en este rincón del río Darro y de la Alhambra.

Y el hombre, fundido y absorto ante lo que al frente tenía, dejó de percibir cuanto le rodean. Las palabras de las personas que por su lado pasaban, el rumor de las aguas del río, el trino de los pajarillos… Y de pronto vio que, de la ventana azul transparente que se abría en la ladera, surgió un ave muy gran. Abrió sus alas, se lanzó al aire, se vino para el río y luego giró y se alejó lentamente por encima de los palacios de la Alhambra. Unos segundos después comprobaba como éste ave se alejaba dirección a las cumbres de Sierra Nevada. Cuando perdió de vista a esta ave, se volvió para atrás con la idea de preguntar al que tenía a su lado.

Pero asombrado otra vez, descubrió que nadie le acompañaba. Miró y sólo veía a las personas que un poco antes iban y venían por este paseo del río. Se dijo: "No puedo comprender pero ahora sé algo que antes no. En este rincón del río, cerca de la Alhambra y donde más misterios se concentran en toda Granada, hay una ventana que desde hoy voy a llamar ***ecos del tiempo***. Algo que nadie ve pero que existe para que nunca desaparezca lo que está en la dimensión de lo eterno".

El oro de las montañas de Granada

En tiempos pasados, en Granada, muy cerca de la Alhambra y por donde el río Darro, hubo oro. Al parecer, en cantidades pequeñas pero suficientes para que muchas personas lo buscaran. Personas pobres, otras en forma de empresas y hasta parece que también los reyes de la Alhambra. No han hablado muchas personas de esto ni tampoco hay gran cantidad de documentos que lo acrediten.

Pero al norte de Granada, antes de las altas cumbres de Sierra Nevada y entre los ríos que por estos lugares corren, vivían ellos. Eran tres, bastantes pobres pero tenían lo suficiente para ir tirando. Cada uno cuidaba un pequeño rebaño de ovejas, algunas cabras y cultivaban varios trocitos de tierra junto a las aguas de los ríos. Y eran felices con la pequeña fortuna de sus rebaños y con lo que la naturaleza por estos lugares de regalaba: dos ríos de aguas muy claras, algunos arroyuelos, con sus manantiales bajo las rocas o en los troncos de los árboles, las blancas nieves de Sierra Nevada y la purísima luz del sol que el Creador les proporcionaba cada mañana.

Por eso ellos tenían costumbre, desde hacía mucho tiempo, de juntarse cada amanecer y en un lugar muy concreto de sus montañas. En uno de los cerros más alto y bonitos que por aquellos lugares había. Estaba poblado este cerro de espeso bosque de encinas y robles, tenía rocas muy grandes y bellas y, en las partes bajas, brotaban varios manantiales. De aguas frescas y muy limpias porque venían de las nieves de Sierra Nevada. También este cerro le servía a ellos con mirador fantástico no sólo hacías la nieve es de las altas cumbres y a los primeros rayos del sol al salir éste cada mañana, sino que desde aquí tenían una vista espléndida de la Alhambra y de Granada. Por eso un día y otro, al encontrarse en el punto concreto que habían bautizado como su "rincón predilecto", unos a otros se decían:
- Los reyes allá en la Alhambra tendrán lujosas telas de seda, muchas y bellas mujeres, grandes mesas repletas de comida pero nosotros, cada día disfrutamos de

los rayos del sol derramándose sobre aquellas torres y murallas. Y como esto, no hay otra fortuna más grande en el mundo.
- Y que lo digas. Nuestra fortuna y dicha es mil veces más grande que todas las riquezas que tengan aquellos reyes de la Alhambra.
- Porque además, el cielo nos ha premiado no sólo con la fantástica belleza de estas montañas sino también con la capacidad de ver y gustar la hermosa belleza y armonía que por aquí se extiende. Somos los más ricos y afortunado de todas las personas del reino de Granada.

Esto y cosas parecidas comentaban ellos un día y otro cuando cada mañana se juntaban para gozar de la salida del sol y de la luz que por los paisajes se derramaba. Y eran más que felices porque se sentían libres y dueños absolutos de la mejor fortuna que puede tener persona alguna en este suelo. Pero un día, estando ellos sentados en su gran mirador frente a Sierra Nevada, a la Alhambra y a Granada, por la ladera de enfrente vieron bajar a un grupo de hombres. Les sorprendió mucho y por eso, enseguida dejaron su mirador y por una sencilla, descendieron en busca de las personas que se descolgaba por la otra ladera. Querían saber quiénes eran y qué buscaban por estas tierras y también porque temían que les robaran sus corderos.

Ocultándose por entre el monte y las rocas llegaron a las partes más bajas del cerro. Se dijeron:
- Como tienen que salir por aquí les cortamos el paso, los paramos y les preguntamos.
Y así fue. Ya cerca del río, al cortarle el paso, se encontraron con ellos, los saludaron y sin más les preguntaron:
- ¿Quiénes sois y qué buscáis por aquí?
Y el que parecía ser el jefe del grupo, respondió:
- Somos enviados de los reyes de la Alhambra y venimos por aquí, buscando el oro que ellos necesitan.
- ¿El oro de estas montañas?
- No sólo el oro, sino el agua de estos dos ríos y la leña de estos bosques. Los reyes necesitan todas estas cosas y muchas más.
- Pero estas montañas, el agua de los ríos y los árboles de los bosques, nos pertenecen aunque no sean nuestros.
- Desde hoy no. Porque vamos a talar los bosques, nos llevaremos el agua de estos ríos y desmoronaremos las montañas para buscar el oro que los reyes están necesitando.

Al norte de Granada, por encima de la Alhambra y antes de las cumbres de Sierra Nevada, entre varios ríos de agua muy cristalina, hoy se pueden ver estas montañas. Muchas de ellas, peladas porque ya nos tienen bosques y otras, por completo desmoronadas. Durante mucho tiempo por aquí buscaron oro, talaron bosques para llevarse la madera y la leña y trazaron acequias para conducir el agua a otros lugares de estas tierras. Pero, desde aquellos tiempos y hasta hoy, cuando uno recorre estos sitios, si se va atento a los luminosos rayos del sol y a los sonidos del tiempo durmiendo por entre la naturaleza, se pueden percibir las palabras de aquellos tres pastores: “Los reyes allá en la Alhambra, tendrán lujosas telas de seda, muchas y bellas mujeres y grandes mesas repletas de comida pero nosotros somos

los dueños de los luminosos rayos del sol y de la belleza de estas montañas".

Noche de luna

Desde primera hora de la noche hasta muy de madrugada, la luna había brillado. Limpia, hermosa y todos redonda, como en un sueño mágico. Colgada en el cielo y como besando en silencio, tanto o las casas del barrio del Albaicín, el valle y bosques del río Darro y las torres y murallas de la Alhambra.

En el patio de la casa, al intemperie y en sobre un colchón de paja, el joven se acurrucada frente a la luna, durmiendo a veces, a ratos despierto y, por momentos, meditando. Le atormentaba la miseria y las pocas cosas que tenían para vivir. Se decía: "¡Si alguien me diera algún trabajo para ganar unas monedas para comprar o algunos alimentos!". En el mismo patio, al otro lado de las macetas y desde donde se veía muy bien la Alhambra, cada noche dormí la hermana. Más pequeña que el joven pero también desesperada de la soledad de la casa, la falta de alimento y su futuro incierto.

A la derecha del patio la madre tenía también un colchón de paja y en el rincón último se veía una cama. Desde se hacía mucho tiempo, vacía y solitaria. Y levantarse aquella mañana, la madre vio esta cama. Suspiro y dijo: "Qué soledad más grande desde que falta y qué pena de estos hijos un míos". Al salir el sol, el joven se levantó, se asomó a la puerta de la casa, observó la Alhambra sobre la montaña, miró al terreno cayendo hacia el río Darro y luego se dijo: "Y si no encuentro ningún trabajo, hoy mismo me pongo y labró por aquí en un trozo de esta tierra. Al menos, si lo cabo bien, lo labro con cuidado y lo riego, la tierra podrá darme algunos de los alimentos que necesitamos".

Lo que no se ve con los ojos

Caminaba siempre solo por las calles del Albaicín. Al caer las tardes, muchas veces se le veía por las orillas del río Darro, mezclado con los turistas y paseantes. Se paraba en los puentes de piedra que, a lo largo de la Carrera del Darro, tiene el río. Miraba a las aguas, miraba a las personas, miraba a la Alhambra y meditaba. Con nadie hablaba y seguía caminando. Le gustaba perder mucho tiempo frente a la corriente por donde el Paseo de los Tristes y le gustaba alzar su vista y recorrer las laderas del Generalife. Y por ahí, cada tarde, seguía viendo el blanco edificio en su silencio y quietud. También desde aquí, le gustaba mirar siguiendo el valle río Darro arriba y, por el lado izquierdo, laderas del Sacromonte y Albaicín.

Y una tarde, ya casi a punto de terminar el invierno, me lo encontré sentado en el Puente del Aljibillo. El pequeño puente de piedra que ya al final del Paseo de los Tristes, da paso hacia el Camino del Avellano y Cuesta del Rey Chico. Me paré a su lado, lo saludé y directamente le pregunté:
- Te observo desde hace tiempo y no entiendo tu modo de andar y mirar por aquí.

Sin ningún interés me miró y no dijo nada. Le pregunté:
- ¿Qué hay por estos lugares que parece que de alguna manera solo ves y tienes tú?
Y sin más me dijo:
- Yo solo tengo conmigo dolor y una fina ausencia que, aunque en todo momento por aquí palpita, sé que se aleja y pierde en el infinito.
Lo miré sorprendido y, como me resultaban extrañas sus palabras, otra vez le pregunté:
- ¿De qué me hablas?

Y muy seguro de sí y de su verdad, me volvió a decir:
- Las personas, los edificios, las obras que los humanos construimos, siempre, siempre y desde que existe la humanidad, se las come el tiempo. Pero en la dimensión de la eternidad, más allá de la luz, de los colores, del silencio y el viento, también siempre queda lo esencial. Lo que no puede verse con los ojos de la cara sino con los del alma.
- ¿Y tú sí tienes contigo y conoces algo de esto?
- En la Alhambra, en estos sitios que por aquí se ven y en muchas otras cosas que ya las ha demolido el tiempo, hubo personas malas. Personas que hacían las cosas solo en beneficio propio, aniquilando, quitando de en medio y humillando a todos los que tenían a su lado. Y esto lo sé porque, desde aquellos tiempos y hasta hoy, lo tengo claramente ante los ojos de mi alma.

Ahora, yo no dije nada. Lo seguí mirando y luego observé con él la robusta figura de la Alhambra y medité un momento. Por un instante sí me pareció descubrir el dolor de su corazón, su rabia contenida y un mundo repleto de desolación. Y quise creer que sí, que con los ojos de su alma veía lo que yo no y por eso me resultaba extraño su comportamiento. Me dijo:
- Otro día, vuelve por aquí y te cuento lo que ahora he intentado resumirte en dos palabras.

El huertecillo del río Darro

Solo era un rodal de tierra muy pequeño. Al lado derecho del río Darro, por donde la Fuente del Avellano y algo retirado de la corriente. Por la parte de la umbría del Generalife y al borde del trozo de tierra, crecía un acebo. De unos tres metros de alto, muy verde y a lo largo de todo el año, con sus ramas llenas de bayas. Pequeñas bolitas color rojo intenso, cuando están maduras, tóxicas para las personas pero alimento muy bueno para los pájaros, cuando por los campos escasean para ellos otros alimentos.

Quizás por esto, a lo largo de todo el año, en este acebo vivía un mirlo. Color negro, pico naranja, cola larga y de carácter dócil y alegre. Siempre que el hombre, dueño de las tierrecillas del huerto, andaba por aquí labrando, regando o recogiendo hortalizas, el pájaro le daba compañía. En cuanto lo veía llegar, primero salía volando desde el acebo hacia el bosque de la umbría, al tiempo que lanzaba una retahíla de chillidos. Luego, pasado un rato y cuando ya el hombre se afanaba en las tareas del huertecillo, el pájaro volvía otra vez al acebo. Por entre sus ramas

revoloteaba, lanzando trinos y sonidos de asombro, de bienvenida o de rechazo y luego se ponía a comer las bayas del acebo.

Muy pocas veces el hombre le prestaba atención pero sí, de una forma inconsciente, le gustaba tener allí cerca de él, la compañía del ave. Sus cantos eran melodías llenas de fuerza y despreocupadas. Por eso el hombre, en muchas ocasiones, al ver y oír las baladas de este mirlo, para sí se decía: “Como si no le importaran nada ni los problemas o preocupaciones que cada día tenemos los humanos. Para él, no existe ni las dificultades ni lo que el futuro le tenga preparado. Como si la vida comenzara y se acabara en este mismo día y por eso tiene una razón fuerte para celebrarlo”.

Y a veces, cuando el hombre pensaba esto, el mirlo parecía adivinarlo poniéndose a cantar con más fuerzas y brillantez. Y con esta misma fuerza y contento, el ave le sorprendió aquella mañana. Todavía era invierno, ya casi final del mes de febrero y por las noches helaba. Sabía él que aun no era el momento en que los pájaros hicieran sus nidos. Porque siempre empiezan al comienzo de la primavera y por eso, aquella mañana, se sorprendió mucho. Llegó a las tierras de su huerto, echó una ojeada a las florecillas que al lado de arriba del acebo crecían y se dijo: “En cuanto tenga un rato, me pongo y saco de raíz algunas de estas plantas y las preparo para llevarlas a los habitantes de la Alhambra”. Y se decía esto porque algunas de las personas que vivían en los palacios, les habían dicho que estas florecillas les gustaban mucho porque eran únicas. Y, con este pensamiento, se puso él a labrar la tierra de su huerto cuando, al rato, oyó cantar al mirlo. Con una luminosidad tal que le asombró. Miró y lo vio recogiendo trozos de hierba seca para hacer el nido. El hombre se dijo: “Este año se adelanta y ahora sí que parece más que nunca que solo le importa vivir el momento”.

El hombre y el borriquillo del río Darro

I- Sin el agua, la Alhambra no existiría. Y del río Darro, a los pies de estos palacios, es de donde se recoge este cristalino elemento para los palacios de la colina. Para regar jardines, nutrir fuentes, llenar albercas, alimentar cascadas y acequias y saturar de música y perfume todos los rincones de esta fortaleza encantada. Pero el agua que, desde el río Darro encauzaron y se llevaron a los recintos de la Alhambra, desde aquellos tiempos lejanos, fue y sigue siendo como robada a esta cauce. Porque tan pequeño y bonito río, mucho antes de que existiera la Alhambra, ya era amigo del valle y de los humildes por donde estos tenían sus cuevas, huertos y veredas.

En aquellos lejanos tiempos y hasta nuestra época, muchas personas pobres, se refugiaron por las orillas del río Darro. Los que podían o habían tenido más suerte en la vida, cogieron por aquí un trozo de tierra para cultivar. Otros, junto a la corriente y colina de la Alhambra, cavaron sus cuevas, aprovechando que el río les regalaba sus limpias aguas y mucho más, tenían por el lugar su trabajo. Cultivando hortalizas y árboles frutales y yendo y viniendo con sus borriquillos cargados con estos productos.

Este era el caso, por aquellas épocas en que la Alhambra se alzaba sobre la colina, del hombre del borriquillo. Tenía mujer y dos hijas y él, en una batalla cuando luchaba en la guerra, perdió una pierna. Por eso, los amigos y conocidos, lo llamaban “el cojo del borriquillo”. Hombre bueno, como pocos en esta zona del río de Granada pero muy pobre, aunque poseía un borriquillo. Con mucho esfuerzo y trabajo, logró construir una humilde casa, no lejos del río por donde la conocida Fuente del Avellano y en un lugar desde donde se veía bien la figura de la Alhambra.

A la pequeña casa, le hizo un patio donde, en un rincón preparó un cobertizo para el borriquillo. A la vivienda le hizo una sala pequeña con chimenea y, a la izquierda, levantó un tabique para una habitación. Aquí dormían las dos hijas y la madre y él, siempre se acostaba junto a la chimenea. Se levantaba el primero cada mañana y, con su muleta de palo, iba al cobertizo del borriquillo. Lo acariciaba, le daba algo de comer, paja, hierba cuando podía, algunas plantas secas que los vecinos le regalaban de sus huertos y poco más. Luego él, después de comer también alguna cosa en compañía de las hijas y la mujer, se subía en el borriquillo, se ponía en marcha por los caminillos que iban de un huerto a otro y al llegar le decía al dueño de la tierra:
- Aquí estoy, con mi borriquillo y las aguaderas por si necesitas que te lleve algún producto a tu casa o a los sitios donde los vendes.
Y los dueños de estos huertecillos, como conocían a este hombre y sabían que el pobre tenía que hacer algo para buscarse la vida y dar de comer a su familia, casi siempre le decían:
- Tu borriquillo y tú, venís en el mejor momento. Porque sí que necesito que me lleves algunas cosas a casa y a los sitios donde vendo los productos que saco de mis tierras.

El hombre cojo, se bajaba del borriquillo y, ayudado por el dueño del huerto, llenaba las aguaderas de lo que necesitaba transportar. Luego, volvía a subirse en el jumento y por las estrechas veredas, regresaba al barrio del Albaicín, a la casa del dueño de los productos y a los sitios donde los vendía. Aquí dejaba su carga y, a cambio de este trabajo, siempre le regalaban alguna cosa diciendo:
- Toma, con esto pago un poco tu trabajo para que también puedas comer hoy y llevar algo a tu casa.
Y las hijas, como ya sabían esto, siempre estaban en la puerta de la casa y cerca de las aguas del río, mirando a ver si regresaba el padre con las cosas que le habían regalado. Comían ellas y la mujer algunos de los frutos u hortalizas que el padre traía en el borriquillo y de esta manera iban tirando.

En las aguas del río, la madre lavaba la ropa y, mientras tanto, por allí cerca las hijas jugaban o miraban. Y arriba, sobre la colina, siempre se veía la figura de la Alhambra como vigilando. Alguna vez que otra, la madre decía a sus hijas:
- Si no fuera por este río y por las aguas tan buenas y limpias que a todas horas nos regala, no sé qué sería de nosotros.
Y las hijas le preguntaban:
- ¿Y tú crees que, los de la Alhambra, nos las quitarán algún día?
Y al oír esto, la madre siempre callaba, seguía lavando su ropa en la corriente del río y, de vez en cuando, miraba para la Alhambra.

Y el padre, algunos de aquellos días, al caer las tardes y después de terminar los encargos que los amigos le mandaban, regresaba con su borriquillo a las orillas de este río. A un lugar muy concreto que él conocía bien y por donde crecía la hierba y el monte bajo. En un punto elevado, aprovechando el desnivel del terreno en la ladera frente a la Alhambra, le pedía al borriquillo que parara, se apeaba de él, caminaba un poco ayudado con su muleta de palo y en una piedra se sentaba, diciendo al animal amigo:
- Descansa y come algo mientras yo te observo y también descanso.
Dejaba que el asno amigo se alimentara de la hierba, monte y pasto mientras él se embelesaba mirando las aguas del río, las casas del barrio, la Alhambra sobre su colina y la tarde irse. Y era en este momento cuando siempre se decía: "Seré pobre y estaré mutilado y no podré dar a mi familia lo que otros sí, pero el cielo me permite vivir junto a este tan bello río de aguas claras. Nadie sabe esto y menos, nadie sabrá de mi vida ni de mis sentimientos junto a este río, cuando pase mucho, mucho tiempo".

II- Ya el invierno estaba llegando a su fin y por eso, por un lado y otro, en las plantas se veían los brotes nuevos. Los rosales silvestres, los arrayanes, los romeros y lo mismo en los árboles frutales: cerezos, almendros, higueras, ciruelos, perales… También los pajarillos se afanaban en la construcción de sus nidos: palomas torcaces, mirlos, gorriones, currucas… Otras aves, se preparaban para regresar a sus lugares de origen como los zorzales y petirrojos, mientras en dirección contraria, empezaban a llegar las golondrinas, las tórtolas y los vencejos.

Y una de aquellas tardes, estando él recogido en el rincón que tanto le gustaba, vio a las hijas cruzar el río. La mayor saltó primero y la pequeña la siguió. Al ver el padre a las chiquillas cruzando el río y caminar por la senda hacia la ladera, se preguntó: "¿A dónde irán por aquí tan solas y con esa actitud tan dispuesta?" Y no tardó en comprobarlo. Siguió fijo en ellas y al rato oyó la voz de la mayor que lo llamaba. Rápido él le contestó y dijo:
- Estoy donde siempre. Rodead las tierras del huertecillo y aquí os espero.
Algunas cosas más dijo la hija mayor mientras recorría la senda, animando a la pequeña a que la siguiera. Y como caminaron deprisa, al poco estuvieron junto al padre. Lo saludaron y le dijeron:
- Queremos estar contigo porque nos hemos acordado que un día nos dijiste que nos contarías un cuento. ¿Lo recuerdas?
- No lo he olvidado pero lo que aquel día quería contaros y ahora puedo, no es un cuento sino algo que sucedió de verdad.
- ¿Por este río o por la Alhambra?
- No lejos de este río y también no muy lejos de la Alhambra.
- ¿Y qué fue lo que ocurrió?

Le pidió el padre a las dos hijas que se sentaran junto a él, en la hierba, frente a las aguas del río, no lejos del borriquillo que tranquilamente pastaba. La hermosa figura de la Alhambra, a sus espaldas, se recortaba sobre la cumbre de la colina. El sol caía por ese lado y su luz dorada, teñía de rojo oro las murallas y torres de los palacios. Dijo la hija pequeña:
- Empieza cuando quieras que te escuchamos.
Y el padre, con sus miradas como perdidas por donde el río se alejaba, sin más dijo:

- Algo que en la vida, vosotras debéis tener siempre presente, es luchar por vuestra felicidad. Y para conseguir esta paz y gozo en el alma, lo más importante es creer en vosotras mismas, procurando en todo momento que nadie ni nada os desanime ni os aparten del camino que debéis recorrer.
La mayor preguntó:
- Lo que dices parece bonito ¿pero es fácil llevarlo a cabo?
- No es fácil, como nada en esta vida pero debéis luchar por ello porque, os lo aseguro, nada, nada en este mundo vale más ni es más importante.
Y la pequeña preguntó:
- ¿Y el cuento que ibas a contarnos?
- Voy con él, escuchad despacio porque tiene mucho que ver con lo que os digo en este momento.

Y después de un rato en silencio, como si intentara concentrarse o respirar aire puro, comenzó y dijo:
- Era un día también como el de hoy. Tranquilo, limpio el cielo, sin frío ninguno aunque con muchas nieves sobre las cumbres de Sierra Nevada. El grupo de niños, así como vosotras, se juntaron aquella mañana en unas de las pequeñas plazas del barrio del Albaicín. Se saludaron y enseguida se pusieron en camino. Cruzaron este río, subieron por las laderas de estas montañas y tres o cuatro horas después, llegaron al collado de las encinas y donde la hierba tapizaba. El muchacho mayor iba el primero y al ver la pequeña casa blanca al lado de arriba del collado, dijo al grupo:
- Ahí es donde vive nuestro amigo. Y, según me dijo, nos está esperando. Acerquémonos y lo llamamos.
Se aproximaron a la casa, llamaron a la puerta y al instante salió el hombre. Bastante mayor, de pelo y barbas blancas y largas y amablemente los saludó. Una de las muchachas así como tú, enseguida dijo:
- Queremos que nos lleves a ese sitio que tantas veces nos has dicho. ¿Es hoy el momento?
- Claro que lo es. Vamos ahora mismo.
Cogió él el ronzar de su borriquillo que lo tenía atado en la encina de la puerta de la casa, se subió en el jumento y por el camino que, desde el collado bajaba hacia los arroyos de las adelfas, comenzaron a caminar. El borriquillo con el hombre encina y el grupo de muchachos, a su costado o detrás. Al poco llegaron al arroyo, en sus aguas algunos lavaron sus manos y otros bebieron y luego continuaron por el caminillo. Por la pequeña senda que, desde el arroyo, remontaba por la ladera hacia las partes altas.

Y según iban subiendo, cada vez más aparecía ante ellos un paisaje muy hermoso. Por el lado del sol de la tarde, iban descubriendo la figura de la Alhambra y por el lado del sol de la mañana, se les aparecía cada vez más cerca y con más claridad las cumbres de Sierra Nevada. Una de las muchachas más joven, preguntó:
- Y cuando lleguemos al sitio ¿vamos a parar un poco?
- Un poco vamos a parar pero no mucho.
Después de cruzar unos arroyuelos, por donde la senda se abría paso, se encajaron en el puntal todo repleto de almendros llenos de flores. Dijo el hombre mayor:
- Este es el sitio donde vamos a parar. Descansemos un momento mientras echamos la última ojeada a los paisajes y luego seguimos.
Se pararon, estuvieron mirando durante un rato para el lado del sol de la tarde y

luego siguieron. Lentamente y como al encuentro de un paraíso hermoso y oculto entre brumas. Y por ahí, sin miedo y sin prisa, se fueron perdiendo. Y tanto se perdieron en aquella bellísima profundidad entre montañas y ríos que ni aquella tarde ni al día siguiente ni nunca más se les ha vuelto a ver.

En este punto detuvo el padre la narración de su relato y miró a las hijas. La pequeña, después de unos segundos, preguntó:
- ¿Y a dónde se fueron?
- Parece que a un mundo misterioso, para ellos muy bello como ya he dicho, que nunca nadie hasta hoy ha descubierto.
Y ahora fue la mayor la que preguntó:
- ¿Y la casa del collado, el hombre mayor y el borriquillo?
- Del hombre y del borriquillo tampoco se supo nada pero la blanca casa del collado, creo que aun sigue en el mismo sitio.
- ¿Nadie nunca tampoco ha ido ahí y ha explorado esa casa por dentro?
- No lo sé pero ahí sigue la pequeña casa, junto a las encinas y por donde la hierba continúa tapizando verde.
Y después de un buen rato en silencio, como meditando algo, la más pequeña volvió a preguntar:
- ¿Por qué no, tú un día, nos llevas a este collado y vemos y descubrimos esa casa por dentro?
- Podemos hacerlo. Ahora que pronto llegará la primavera, un día podemos ir hasta ese collado y nos dedicamos a descubrir esa casa y recorremos los paisajes por donde los niños desaparecieron.
- Será fantástico porque, a lo mejor y sin que lo queramos, descubrimos el misterio de ese grupo de muchachos y el mundo mágico hacia el que dices se fueron.
- Y si esto sucede, quizás sea bueno para vosotras porque comprenderéis entonces el significado exacto de lo que os he dicho hace un rato.

Lavando en el río Darro

La madre, con su cesta de esparto llena de ropa sucia y en compañía de su niña, bajaba por la empinada calle. También con el corazón encogido por el frío de la mañana, la desolación que los de guerra tenían sembrado por todo el barrio y el hambre y miseria que estaban viviendo. Al verla, una amiga suya le preguntó:
- ¿Qué, al río como tantos otros días?
- Sí, hija mía al río a lavar esta poca ropa de mi niña y de mi marido.
- ¿Y no te da miedo ni temes que los de la guerra aparezcan y os hagan daño?
- Me da mucho miedo y temo pero a ver ¿qué hago?
- Pues que tengas suerte y cuida mucho de tu niña. Es un premio del cielo y lo más hermoso que hay en tu vida.
- ¡Y qué lo digas!

Se abría el día con una luz muy apagada. Gris, morado y azul, el cielo, con densas nubes cubriendo por completo y solo dejando asomar el sol en algunos momentos. Sin chispa de aire, quietud profunda en las umbrías del Generalife y bosques de la Alhambra y, de fondo, el rumor del agua del río Darro. Un día hermoso, lleno de misterio, frío y, aunque apagado, con alguna de esperanza en no

se sabía qué. Porque era invierno y las personas, por todo el barrio del Albaicín, Sacromonte y cerca del río hacia la Vega de Granada, se movían como acurrucados en sí, protegiéndose del frío escarchar y del dolor en el alma.

Algunos, al encontrarse mientras avanzaban por las calles camino de sus huertos o algún otro trabajo humilde, se saludaban y preguntaban:
- ¿Lloverá hoy?
- Tiene pinta de eso el cielo y hasta parece que puede nevar.
- ¿Y vendrás los aviones de todos los días?
- Eso solo los que hacen la guerra, lo saben
- Qué dolor y qué pena las personas que murieron el otro día y los destrozos que hicieron en tantas casas. ¿Cuándo dejarán de tirar bombas?
- Lo mismo te digo: solo los que han puesta en marcha esta guerra, lo saben.
- Algunas personas no tienen corazón ni les duele la muerte de tantos inocentes y pobres. Solo miran lo que les interesa a ellos y les da igual la muerte de miles de inocentes luchando en una guerra injusta.

Un puñado de rayos de sol, se escapaba en ese momento por entre las nubes y se derramaba sobre las torres y murallas de la Alhambra. Dijo la madre a su niña, mientras seguían bajando en busca de la corriente del río:
- Mira qué bonitos y misteriosos se ven hoy esos palacios.
Y la niña preguntó:
- ¿Los que viven ahí son los que han ordenado que cada día vengan los aviones por aquí a tirar las bombas?
- No lo sé, hija mía.
- ¿Y cuándo van a dejar de aparecer estos aviones tan feos?
- Tampoco lo sé pero ojalá desde ahora mismo no vinieran nunca más.

Llegaron al río por donde las espesas zarzas y en lo hondo, entre plantas y árboles, el charco remansado. Siguiendo la sendilla, entraron por el portillo abierto en la vegetación y se acercaron a las aguas. Al borde mismo del charco, la madre se paró, soltó su cesta de esparto llena de ropa para lavar y comenzó a prepararse para la faena al tiempo que le decía a su niña:
- Juega por aquí cerca y no te retires mucho ni tampoco te metas en las aguas que hoy están muy frías.
- Sí mamá, voy a jugar en la arena que hay al borde del charco. Y no me alejaré porque me da miedo la oscuridad que por aquí hay en el río.
Un poco más arriba de donde ellas se habían parado, a la derecha y por la umbría del Generalife, se veían las tierrecillas de algunos huertos. Por donde los árboles frutales también mostraban sus ramas y troncos. Algunos pajarillos revoloteaban buscando comida o cantando, como ajenos a la madre y su niña y también a las cosas de la guerra.

Se fue la pequeña por el lado de arriba del charco y se acercaba a la corriente para coger unas piedras que le habían gustado cuando resonó el ruido de los aviones. Al oírlo ella, se volvió para atrás asustada y diciendo a la madre:
- Que viene, mamá.
- Corre y vente junto a mí.
Le indicó enseguida la madre. Pero uno de los aviones fue más rápido que la niña y

la madre. Surgió como de lo alto del monte, brilló en el cielo y al instante soltó la bomba. Se vio el proyectil surcar el aire, silbando mientras caía y unos segundos después, se clavó en la tierra, estallando en una explosión atronadora. Gritó la madre, corrió en busca de su niña, la recogió del suelo donde había quedado tirada, la alzó en sus brazos y mientras la seguía llamando para que no se apagara, la abrazaba fuerte contra sí. Con los ojos llenos de lágrimas y con el corazón espantado, le decía:
- No te vayas, corazón mío. Tu mamá está aquí para darte besos y jugar contigo, como siempre te ha gustado a ti.

Sobre el pecho, la madre apretaba fuerte el cuerpecito de la niña sobre su cara, se derramaba la carita de la pequeña y sobre el hombro izquierdo caía uno de sus bracitos. Muy pegada a su oído estaba la boca de la niña y de ella salió unas palabras débiles que decían:
- Mamá, me duelen las piernas y todo el cuerpo y tengo mucho sueño. Me voy a dormir y luego cuando despierte seguimos nuestro juego.
Y la madre, desconsolada y llena de miedo, le dijo:
- No te duermas, vida mía. Aun no es de noche y ya los aviones nunca más volverán por aquí. Quiero seguir jugando contigo los juegos que siempre tanto te han gustado a ti.

Estudiar frente a la Alhambra

Era invierno, el día estaba nublado y hacía frío. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve caía y los pronósticos del tiempo anunciaban lluvia en cualquier momento. Sin embargo él, a primera hora de la tarde, salió de su casa. Con tres gruesos libros bajo el brazo y cruzó la plaza, pisó los primeros metros de la Carrera del Darro y al comenzar a subir, se tropezó con el amigo. Se saludaron y luego el amigo preguntó:
- ¿Otra vez el mismo sitio?
- No puedo evitarlo.
- ¿Y qué es lo que tiene de mágico ese jardín?
- No sé decírtelo con palabras pero tiene algo.
- Claro, porque estudiar, como tantas otras personas, podrías hacerlo cómodamente en tu casa. Un día de estos me voy a ir contigo para que me enseñes, no el camino sino el rincón donde te sientas a estudiar frente a la Alhambra. Quiero ver y experimentar lo que a ti tanto te fascina.
- Pues cuanto tú quieras.

Se despidieron y siguió subiendo. Esta tarde era una de las más de doscientas veces que ya había acudido al mismo sitio. Ni siquiera recordaba en qué momento y cuantas eran las veces que había visitado el rincón. Desde pequeño, desde que andaba metido en el mundo de los libros, desde siempre, desde toda la eternidad. Y siempre hacía lo mismo. Salía de su casa, lentamente caminaba por el paseo que discurre río Darro arriba, torcía luego, ya al final, para la izquierda, seguía subiendo despacio la cuesta y al llegar a la puerta de hierro, llamaba. Le abrían y entraba. Saludaba y sin más pérdida de tiempo, se iba al rincón. Justo entre las

plantas buscaba el sitio más apropiado, se sentaba y, frente a la Alhambra, se ponía a estudiar. Dejando que pasara el tiempo. Y siempre mirando y estudiando en sus libros, le parecía descubrir a sus pies, por donde corre el río Darro y las laderas de la umbría de la Alhambra, un mundo mágico. Profundo como el valle más amplio, repleto de bosques verdes y vírgenes a los lados, surcado por limpísimas cascadas, riachuelos y manantiales e eliminado por el sol más puro.

Y siempre que vivía él esta experiencia, en el corazón se le quedaba una sensación muy placentera. Por eso nunca tenía ganas de irse del lugar ni volver a la cotidiana realidad de la materia y por eso un día y otro, regresaba. Y en esta ocasión, sin apenas mirar a las personas con las que se cruzaba, recorrió despacio el hermosísimo paseo de la Carrera del Darro. Llegó a la recogida plaza del Paseo de los Tristes, lo recorrió y al final, donde el puentecillo de piedra da paso al camino del Avellano y Cuenta del Rey Chico, torció para la izquierda. Continuó subiendo por la empinada Cuesta del Chapiz y al llegar al Carmen de la Victoria, se paró frente a la puerta de hierro. Llamó y al instante la puerta se abrió. Pasó dentro, saludó a la persona que le atendía, una mujer mayor que le preguntó:
- ¿Qué libros son los que traes hoy?
- Ya estás viendo, tres muy gordos, viejos y que pesan como demonios pero hermosísimos.
- ¿Hablan de lo que andas estudiando?
- Hablan de eso pero de una manera que gusta y transporta al más hermoso de los sueños.
- Tienes que dejármelos para que también los lea yo. Y también hoy quiero irme contigo para sentarme a tu lado en el rincón que tanto te gusta.
- Puedes hacerlo pero es que hoy, como otros tantos días, deseo estar solo.
- Si ya conoces tanto este sitio que hasta con los ojos cerrados lo podrías recorrer y gustar.
- Parece eso pero no es así.
- Pues como quieras.

Y por entre los pasillos, escoltados por gruesos árboles y plantas muy bellas, siguió caminando. Hasta que llegó al moral de tronco retorcido. Se paró aquí, miró para la Alhambra, al frente y sobre la alta colina y luego fue deslizando sus miradas por las laderas hacía el río. Y conforme descendía iba descubriendo lo que ningún otro día había visto. Por las laderas donde los bosques se tupían vírgenes, grupos de niños jugaban y, mientras corrían y gritaban, se decían:
- Démonos prisa y recorramos estos paisajes antes de que los profesores nos llamen otra vez a clase. Hay tantos misterios por aquí que debemos descubrirlos para luego mostrarles a ellos lo que realmente es importante.

Desde lo alto, desde su lugar en el jardín del Carmen de la Victoria, él miraba, los veías y escuchaba. Y como tantas otras veces, descubrió a la Alhambra al frente y como vigilando pero en esta ocasión mucho más imponente y misteriosa. Se dijo: “A todos los libros del mundo, hasta el mejor escrito y de contenido más bello, le faltará siempre el capítulo más importante mientras no sea leído y estudiado desde este balcón frente a la Alhambra. Con el corazón abierto y el alma ensanchada para descubrir, gustar y oír el misterioso mundo que en estos paisajes se agazapa. La Alhambra, el río Darro y el barrio del Albaicín, no se entienden por

completo sin esta visión tan íntima, cerca y lejana. Contaré esto a mi amigo para que comprenda que leer un libro o estudiar frente a la Alhambra, es algo único".

Era invierno, el día estaba nublado y hacía frío. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve caía y los pronósticos del tiempo anunciaban lluvia en cualquier momento. La tarde fue cayendo y el fondo de la gran Vea de Granada, el sol se apagaba. Como tantos y tantos días a lo largo del tiempo pero hoy, irradiando una luz mucho más dorada.

Secretos en el Albaicín

Conozco uno de los muchos secretos y misterios que se han dando y dan en el barrio del Albaicín. Ha llegado hasta mí a través de una persona amiga. Esta persona un día me dijo:
- ¿Has oído tú alguna vez el secreto de la muralla del Albaicín?
Algo sorprendido lo miré, estuve en silencio un buen rato y luego le pregunté:
- Algunos secretos sé de este barrio pero el de la muralla del Albaicín nunca lo he oído. ¿Qué misterio es?
- Dicen que solo se puede ver una vez al año y desde un punto concreto.
Y como la curiosidad se fue apoderando de mí le seguí preguntando:
- ¿Qué día del año y desde qué lugar se puede ver?
- El día es justo mañana. El primer día de la primavera y solo se puede ver este secreto a la hora exacta en que entra esta estación del año.
- Pues yo ya me muero en deseos de vivir esta experiencia. Mañana entra la primavera justo a la seis de la tarde. ¿Quedamos y vamos a este barrio y me muestras el enigma que me dices?
- Si tú quieres, quedamos y te lo enseño.
Y no se habló más. Aquella mañana nos despedimos quedando vernos al día siguiente en el Mirador de San Nicolás.

Se sabe que el barrio del Albaicín es el más antiguo de Granada. Y se dice que su origen es árabe. De la época de la Alhambra o mucho antes. Aunque algunas personas dicen que el Albaicín nació con los primeros pobladores de estas tierras. Cartagineses, fenicios griegos, romanos, ziríes, andalusíes, árabes… Y también muchos dicen que sobre el cerro donde ahora se asienta este barrio, fue donde nació Granada. Justo en lo más alto, desde donde se ve mejor todas las tierras de la Vega y la gemela colina de la Alhambra. El lugar exacto se le conoce ahora como Alcazaba Cadima, alcazaba vieja, y también Palacio de Daralhorra.

Quizás por todo esto y algunas cosas más son tres las murallas que tiene el Albaicín. Por el barranco y ladera de la Cuesta Alhacaba, entre el mirador de San Cristóbal y la colina de Alcazaba Cadima, es donde se pueden ver restos de estas murallas. Por aquí y por otros sitios del actual barrio del Albaicín: por algunos tramos de la calle San Juan de los Reyes, por donde Haza Grande, por las laderas de San Miguel Alto…

Estas cosas y más aun, se saben del bonito barrio del Albaicín, en Granada. Porque eso sí: este barrio es el lugar más hermoso de la ciudad de la Alhambra, no solo por su historia y el trazado de sus calles y casas. También y fundamentalmente por el sitio que ocupa. Como ya he dicho: en lo más alto de un precioso cerro que forma colina gemela con la de la Alhambra. Se puede decir que el Albaicín es el espejo de la Alhambra y, al mismo tiempo, la Alhambra espejo del barrio del Albaicín. Porque, en lo más elevado de las colinas, se miran y reflejan sobre las aguas del río Darro y las tierras de la Vega, iluminados por las nieves de Sierra Nevada. Cosas estas realmente curiosas y originales que son apreciadas por muchas personas. Pero este blanco barrio, antiguo y nuevo, guarda en sí misterios y secretos que muy pocas personas conocen. Al menos el secreto que pretendo contar y que me descubrió la persona que ya he dicho.

A la noche siguiente del encuentro que dije, llovió mucho. Sin parar estuvo lloviendo toda la noche y, al amanecer, la lluvia seguía cayendo. Recordé que la persona conocida, el día anterior me había comentado:
- Y además de ser en el primer día de la primavera, la noche antes tiene que haber llovido mucho. Sin embargo, cuando se acerque la hora exacta del paso del invierno a la primavera, las nubes deben abrirse en el cielo y el sol tiene que salir. Si estas cosas no se cumplen no será posible ver el secreto que te he anunciado.

Así que al amanecer del día acordado descubrí que las cosas estaban siendo tal como él me lo había contado. Pero temía que a la hora exacta de la llegada de la primavera, el sol no saliera. Sin embargo, confié y a mediodía, salí de mi casa. Con el paraguas en la mano y con la ilusión de encontrarlo en el Mirador de San Nicolás.

Despacio subí por la Cuesta Alhacaba y lentamente me fui acercando al mirador. Y me lo encontré como siempre: lleno de gente que miraba y hacia fotos a la Alhambra y también muchos hippies con perros. Miré y vi a mi amigo. Estaba sentado en el viejo aljibe de ladrillos y también miraba esperando. Seguía lloviendo y por eso se cubría con un paraguas. Le dije:
- Aquí estoy.
- Has llegado a tiempo.
- ¿A dónde tenemos que ir para presenciar el acontecimiento?
- Hay que caminar un poco para llegar a un punto muy concreto.
- ¿Qué punto es ese?
- Es un lugar en este barrio del Albaicín que no te digo ahora. Vamos a caminar y lo verás dentro de un momento.
- Pues, cuando tú quieras.

Y dejó el sitio donde estaba sentado y se puso a caminar. Lo seguí. Cruzamos la plaza por detrás de la iglesia de San Nicolás, entremos en el callejón Cementerio de San Nicolás, salimos a la placeta Hornos Moral, rozamos el aljibe Polo, cruzamos la plaza Aliatar y por el lado de arriba caminamos. Recorriendo muchas callejuelas siempre en dirección a la ladera de San Miguel Alto, que es por donde hay muchas cuevas. Pensé que me llevaba a una de estas cuevas pero no fue así.

Lentamente fuimos remontando toda esta ladera hasta que coronamos al Mirador de San Miguel Alto, por delante de la ermita con el mismo nombre. También pensé que sería por aquí donde él debía mostrarme el secreto pero tampoco acerté. Porque seguimos caminando, le dimos la vuelta a la ermita y volcamos para el barranco del Sacromonte. Y al llegar a este sitio sí le pregunté:
- ¿A dónde me llevas?
- Observa el cielo.
- Sí, parece que ya no llueve. Las nubes se abren y, en algún momento, el sol quiere salir. ¿Es esto lo que tiene que suceder para que podamos ver tu secreto?
- Exactamente esto.
- ¿Y queda mucho por llegar al sitio?
- Muy poco.

Nos acercamos a un tramo de muralla. No digo ahora exactamente el sitio porque esto fue lo que me pidió mi amigo:
- A nadie debes decir nunca las cosas con claridad para así evitar que muchas personas vengan a este lugar.
Y le dije a él:
- Cumpliré siempre con este deseo tuyo.
Por eso ahora solo digo que nos fuimos acercando a un pequeño trozo de muralla, sobre el cerro de San Miguel Alto. Buscamos un punto muy concreto, desde donde se ve todo el Albaicín y seguimos con los ojos puestos en el cielo. Las nubes se abrieron más, el sol comenzó a brillar y la hora exacta en que debía comenzar la primavera se acercaba.
- Todo va a salir bien, ya verás.
- Estoy tan nervioso que hasta me parece que esto no es cierto. ¿Qué tenemos que hacer ahora?
- Debemos buscar la piedra que, al tocarla, nos abrirá la gran puerta al secreto.
- ¿La piedra?
- Sí, una piedra no muy grande, algo blanca porque es caliza y casi redonda.
- ¿Sabes dónde se encuentra?
- Tranquilo.

Miró el reloj, miró luego al sol y se agachó un poco. En este momento miré yo y vi la piedra. Metida en un trozo de la tapia que conforma la muralla y del color que me había dicho. Volvió a mirar al cielo, se abrieron mucho más las nubes, brilló con mucha fuerza el sol y él alargó su mano. Eran las seis en punto de la tarde, momento en que comenzaba la estación de la primavera. Con su mano tocó la piedra y, antes mis ojos, ocurrió el asombro. Vi como el trozo de muralla que teníamos ante nosotros, se abrió en dos. No al frente sino a lo largo. Como si el grueso de la pared que conforma la muralla, a lo largo, se abriera por el centro. Y no solo el trozo que teníamos por la izquierda, hacia la Alhambra, sino el de la derecha y por el otro lado de la ermita de San Miguel Alto, lado de Haza Grande. Y el trozo que caía para el barrio del Albaicín comenzó a transformase como en mil pétalos de rosas, en todos los colores. Lo mismo sucedía con el trozo de muralla que caía hacia el barranco de Sacromonte.

Y, conforme estos trozos de muralla se transformaban en grandes pétalos de rosas, del centro de estos pétalos, comenzaron a surgir más hojas, también de

mil colores y brillantes casi como el mismo sol. Y, entre estos pétalos del centro, vi aparecer todo el barrio del Albaicín. Como transformado en una gran montaña de color blanco y desprendiendo haces de luz hacia los lados. Lentamente surgía del centro de esta gran rosa y al mismo tiempo se elevaba hacia el cielo. Al fondo, muy al fondo y sobre montañas de nubes rojas, se veía la Alhambra.

Con el aliento contenido, yo miraba sin creer que fuera cierto lo que mis ojos estaban viendo. Pero me animé y le pregunté:
- ¿Qué explicación tiene esto?
Y él, con su mano apoyada en la blanca piedra, me respondió:
- Yo no lo sé y por eso no me preguntes más. Solo puedo decirte que no es sueño y de aquí mi deseo de que lo vieras.
- Pero, y si me permites, yo sé que muchas de las personas que han vivido y viven ahora en este barrio del Albaicín, lo pasaron y lo pasan mal, tuvieron y tienen enfermedades, sufrieron y fueron y son pobres. ¿Cómo es que todo lo que ahora mismo veo es glorioso y bello? ¿De dónde sale tanta luz y tantos colores fantásticos?
- En lo que preguntas es donde se encuentra el gran misterio. Y quizá por esto es por lo que a tantas personas les gusta mucho todo este barrio del Albaicín.
- Sigo sin entenderlo.
- Ni yo sé explicarte más. Pero te repito: Esto no es un sueño.

La más hermosa noche de Navidad

En una estrecha calle, paralela al río Darro y a madia ladera frente a la Alhambra, se ponía todos los días a pedir. Desde que salía el sol hasta que empezaba a ocultarse. En invierno, liado solo en una vieja manta, un plato de barro en el suelo para que las personas le echaran algunas monedas y acurrucado en sí, mientras miraba melancólico a todo el que por la calle pasaba. Nunca hablaba con nadie y solo dabas las gracias al que le regalaba algo y luego seguía acurrucado, mirando como al infinito, a la estrecha calle en la que se refugiaba y, alguna vez que otra, a la figura de la Alhambra sobre la colina de enfrente.

Poco sabía él de estos palacios pero sí tenía claro que en ellos ya no vivirían ninguno de los reyes que, en tiempos pasados, sí. Alguna vez que otra, desde su rincón en la estrecha calle, veía a los turistas asomados por encima de las murallas de las torres y también veía el resplandor del sol que todas las tardes iluminaba estas murallas y torres. Solo algunas veces se preguntaba: “¿Por qué se irían los reyes que vivían ahí y por qué ahora todo aquello lo han llenado de turistas? Serán muy sabios lo que esto hacen y sus razones tendrán pero yo no lo entiendo”.

Porque a él le dolía que los suyos, los que eran de su familia, lo hubieran echado de la casa, también casi tan lujosa como la Alhambra. Un pequeño palacio, con jardines llenos de fuentes, columnas de mármol, escaleras de hierro forjado y puertas y ventanas de madera noble, que se abrían frente a la Alhambra, no lejos de la calle donde cada día se acurrucaba. Y lo habían echado de la casa porque la

familia no lo querían. Continuamente le decían:
- Eres un vago, siempre estás soñando y a esta noble casa y a la familia, solo traes problemas y deshonra.
Fue aguantando, de la mejor manera que pudo, el trato que le daban. Hasta que un día, ya harto de humillaciones y palabras degradantes, dijo a la hermana mayor:
- Me marcho de esta casa.
- Es lo que todos queremos y por eso, lo mejor que puedes hacer. ¿Pero a dónde te irás?
- A cualquier sitio que vaya estaré mejor que en esta lujosa casa y con vosotros.
- Pues que tengas suerte y seas feliz.

Y la única suerte que él tuvo, fue encontrar un rincón en la estrecha calle que pasaba por delante de la casa y aquí se puso a pedir. Como en el barrio muchos lo conocían y conocían a la familia y sabían de su rebeldía con las personas que le rodeaban, le daban algunas cosas. En los primeros días, trozos de pan, frutas y algo de ropa. Luego empezaron a darle monedas de poco valor y le decían:
- Sed valiente y no te desmorones nunca. Algún día, la suerte estará de tu lado.
Él los miraba y nunca decía nada. Pero sí los escuchaba y cuando otros comentaban:
- A ver si juntas algún dinero y te compras una casa pequeña cerca de las aguas del río Darro. Al menos tendrás un techo donde dormir y, si encuentras una mujer que te quiera, cásate con ella y así no vives tan solo.
Seguían sin responder a estas palabras.

Pero un día, ya después de varios años pidiendo en la calle y justo un poco antes de la Navidad, conoció a una mujer. También pobre como él y que pedía limosna algo más abajo, ya cerca de las aguas del río Darro. Unas cuantas veces habló con ella y le daba pena verla tan sola, tan pobre, sin el cariño de nadie y con solo algún rincón en la calle, donde vivir. Para animarla, le dijo una mañana:
- En cuanto pueda, voy a comparte una casa cerca de las aguas del río y en un sitio desde donde se vea bien la Alhambra.
- ¿Y cuándo será eso?
Le preguntó ella.
- No tengo mucho dinero pero de lo poco que me van dando, ahorro para comprarte una casa.
- ¿Y te vendrás a vivir conmigo?
- Si tú lo quieres, sí.
- ¡Qué bonito! Así tendremos nuestro pequeño palacio frente a la Alhambra, solo para nosotros dos.
- Es lo que yo continuamente sueño para ti.

Corrieron los días, se acercaba el momento de la Navidad y el frío por las noches era cada vez más intenso. En Sierra Nevada, cayeron las primeras nieves y todas aquellas altas montañas, se vistieron de blanco inmaculado. El sol las iluminaba, al salir cada mañana y, al ponerse cada tarde, las vestía de oro y plata. Y en el cielo, según el tiempo iba avanzando, las nubes se acumulaban cada vez con más cara de invierno, color ceniza y nieve y con cierto sabor a Navidad. Por las orillas del río Darro, la hierbecilla que ya había nacido, cada mañana amanecía teñida de rocío y con blancos cristales de escarcha. Los árboles de la umbría de la

Alhambra, ya se habían desnudado de hojas y las zarzas, también se iban vistiendo de otoño viejo e invierno frío.

Y una de aquellas gris y fría mañana de silencio contenido y eternidad acumulada, se acurrucaba él en el rincón de cada día y en su calle de siempre. Envuelto en una vieja manta, con un gorro de lana en la cabeza y con las manos rojas y heladas como la escarcha en la umbría de la Alhambra. Pedía limosna, miraba a todo el que pasaba por su lado y esperaba que alguien le diera, como tantos otros días, alguna moneda. Para comprarse un poco de pan y para ahorrar algunos centimillos para la casa de sus sueños. Salió, del palacio que conocía y donde había vivido de pequeño, la hermana que lo había despedido y echado fuera de la vivienda. Caminó lenta por la calle, como a su encuentro y él, en cuanto la vio, la siguió con sus miradas. Se dijo: "A lo mejor viene a traerme algo. Y si fuera así, podría aprovechar para preguntarle cómo se vive, en estos días de tanto frío, en el palacio que ha sido mi casa a lo largo de los años".

Pero la hermana, en cuanto se acercó a él, sacó de su bolso un trozo de pan duro y se lo alargó diciendo:
- Luego no digas que no nos acordamos de ti. Aquí tienes para que hoy comas algo.
Cogió él el trozo de pan, le dio las gracias y como tenía hambre, empezó a comérselo mientras la miraba como suplicándole. Ella le dijo:
- Y como ahora hace tanto frío y se acerca la Navidad, los demás hermanos hemos pensado hacer algo bueno para ti.
La seguía mirando y después de un rato en silencio le preguntó:
- ¿Qué es lo que habéis pensado hacer para mí?
- En nuestra casa, la que también fue tuya en tiempos pasados, el jardín necesita cuidado. Las plantas, con estos fríos y el poco sol que hay, se están muriendo. A todas se le han puesto pálidas las hojas, a los rosales, a los cilindras, a las buganvillas, juncos y jazmines. Y el otro día, nos reunimos todos los hermanos para buscar una solución a este problema. Todos vimos claramente que el hermoso jardín de nuestra casa, necesita cuidado urgente pero ninguno queremos dedicarnos a trabajar en él. Sin embargo, es urgente que alguien pode estas plantas, que les quite las malas hierbas, que las riegue y cabe la tierra y recoja del suelo las hojas muertas.

Seguía el pobre en su silencio, mientras escuchaba y miraba a la hermana y mordía el trozo de pan y pasado un buen rato, le preguntó:
- Y a mí ¿para qué me cuentas todo esto? Si ya no vivo en esa casa ni tendré parte en ella nunca más, me da igual lo que le pasen a las plantas del jardín.
- Lo entiendo pero las cosas son así y la vida también se comporta de este modo, con unos y otros.
- Ni la vida ni las cosas son así. Somos las personas y el corazón de cada uno, los que sembramos luz y alegría sobre esta tierra o lo contrario: tristeza, desolación y miseria. Vuestro comportamiento conmigo de ningún modo puede llevaros a nada bueno.
- No empecemos. He venido a verte, te he traído un poco de pan y ahora te estoy contando lo que los demás hemos acordado ofrecerte un poco de calor.
- ¿Y qué es lo que habéis acordado?
- Que seas tú el que te encargues de cuidar el jardín de nuestra casa.

De nuevo el hombre guardó silencio. Miró para la colina de la Alhambra y pensó en la mujer pobre que con frecuencia veía cerca de las aguas del río. Y mientras se concentraba en este silencio, meditaba, a su manera y desde la necesidad que cada día vivía, lo que le había propuesto la hermana. Ésta, como no recibía ninguna respuesta, otra vez habló preguntando:
- ¿Qué opinas de lo que te he dicho? ¿Aceptas o no venirte a nuestra casa a cuidar de las plantas del jardín? Tengo el encargo de los demás miembros de la familia, de buscar hoy a otra persona, en caso de que tú no quieras este trabajo.
Y el pobre respondió:
- Todo ahora en mi vida es muy malo. Pienso que, por extraña que sea mi presencia en la casa y por desagradable sea el comportamiento de vosotros para conmigo, algo salgo puedo salir ganado si acepto el trabajo que me dices. Pero ¿qué voy a recibir yo a cambio de cuidar el jardín?
- Los demás hermanos hemos pensado en darte algo de comida y, en el hueco de la escalera del jardín, puedes refugiarte para dormir. Al menos, si llueve, no te mojarás y por las noches, menos frío pasarás que en esta desierta calle.

Y no se habló más. En aquel mismo momento el pobre se fue con la hermana, caminaron por la calle, llegaron a la casa, abrieron y entraron y al verlo los otros miembros de la familia, sin más le dijeron:
- No te creas que vienes a esta casa a vivir como un señorito. Aquí tienes las herramientas y el jardín que conoces. Ponte a trabajar ahora mismo y que todas estas plantas se llenen de vida y de flores en unos días.
Nada dijo el pobre. Cogió las herramientas que había en el hueco de la escalera y se puso a labrar las plantas. Primero recogió todas las hojas secas que había por los pasillos, luego podó las matas de cilindras del pasillo de los naranjos, después segó los juntos de la fuente de los peces y los rosales del arriate de la cueva. Fue amontonando todas las ramas, hojas y tallos que cortaba en el rodal de tierra que servía de huertecillo con la intención de hacer luego una lumbre y quemar toda la broza. Y cuando llegó la noche, la hermana, la que había ido a buscarlo al lugar donde en la calle pedía todos los días, salió al jardín con un cuenco de barro. Dentro había puesto algo de comida y como todavía estaba un poco caliente, se la ofreció al hermano desgraciado diciendo:
- Esto es la primera recompensa por tu trabajo de hoy en el jardín. Toma y come que yo mientras tanto voy a traerte un par de sacos llenos de paja y los dejo junto al hueco de la escalera, donde podrás hacer tu cama y dormir esta noche.
Cogió el pobre el cuenco de barro, el trozo de pan que también la hermana le había traído y en la escalera que iba para la fuente de los peces, se sentó y se puso a comer. Mientras lo hacía vio como la hermana dejaba un par de sacos llenos de paja junto al hueco de la escalera. Ahí mismo dejó también una manta vieja y él, en cuanto terminó de comerse lo que le habían dado, se acurrucó a la manta, entre la paja y se dispuso a pasar la noche.

A primera hora, hizo mucho frío. Luego comenzó a llover y sin parar estuvo hasta que amaneció. Sintió él que lo llamaban en cuanto el día se alzó un poco más y, al abrir sus ojos, vio a la hermana que le decía:
- Ya es hora de que te pongas a trabajar. Esta noche misma que llega, será Navidad y queremos que nuestro jardín esté limpio y bien cuidado.

Salió del hueco de la escalera, cogió una naranja del árbol que tenía cerca, la peló y se la comió y se puso a trabajar en el jardín. Sin parar estuvo hasta el mediodía, cuando de nuevo la hermana le llevó algo de comida y le dijo:
- Dentro de un rato, vamos a salir para hacer algunas compras y visitar a los amigos. Queremos que adornes este árbol pequeño porque nos servirá para ambientar la fiesta de la Navidad. Así que esta tarde, te dejamos solo en la casa y en el jardín pero cuando volvamos queremos verlo todo perfectamente decorado y bien organizado.

No dijo nada él y sí, en cuanto terminó de comer lo poco que le habían dado, continuó con el trabajo. Y a media tarde, cuando calculó que los habitantes de la casa habían salido para visitar a los amigos y comprar cosas, salió él también a la puerta, caminó por la calle, fue a donde sabía estaba su amiga la pobre y le dijo:
- Ven rápida que quiero que veas el jardín donde ahora vivo y trabajo.
Le siguió la mujer pobre y en unos minutos entraron a la casa, pasaron al jardín y el hombre pobre se puso a enseñarle las plantas, los naranjos llenos de frutas maduras, las fuentes, el hueco de las escalera y el árbol que estaba decorando para la noche que llegaba. Dijo ella:
- Todo es precioso y hasta siento envidia de la suerte que estás teniendo. ¿Puedo quedarme esta noche aquí contigo?
- Esta no es mi casa, aunque lo sea. Quiero que te quedes porque esta será una noche muy especial y me gustaría que estuvieras junto a mí. Pero ¿Y si te descubren y me castigan a mí?

Y no había él terminado de pronunciar estas palabras cuando sintió que se abría la puerta de la casa. Rápido el hombre pobre pidió a la mujer que se escondiera en el hueco de la escalera. Pero tuvo la mala suerte que antes de ocultarse, la vieron. Enseguida apareció la hermana, muy enfadada y gritando:
- En cuanto te hemos dejado solo te aprovechas de todo esto.
Asustado el hombre pobre dijo:
- No es lo que piensas. Espera que te explique y verás como lo entiendes.
- Ninguna explicación tienes que darme. Sal ahora mismo de este jardín y no vuelvas más por aquí.
Y la mujer pobre también quiso dar una explicación pero la hermana se le adelantó diciendo:
- En cuanto a ti, ya te conocemos. ¿Cómo te has atrevido a venir a mi casa?
Guardó silencio la mujer y también el hombre pobre mientras la hermana seguía gritando:
- Fuera ahora mismo los dos de este recinto y que nunca más os volvamos a ver por aquí.

Caminó el hombre pobre hacia el hueco de la escalera, se metió en ella, cogió la manta que la hermana le había dado, se envolvió en ella, le dio su mano a la mujer pobre, salieron de la casa y por la calle caminaron hacia la orilla del río Darro. La noche ya lo cubría todo y por eso se veían muchas luces en las calles y en las casas. También brillaban luces en las torres y murallas de la Alhambra y se oía música de Navidad. En silencio los dos caminaron hasta la orilla del río, por donde hoy se encuentra el Paseo de los Tristes. Junto al río, se refugiaron en unas piedras gordas, encendieron un pequeño fuego y se acurrucaron en la vieja manta.

Avanzó la noche y aunque el cielo estaba por completo cubierto de nubes, no llovió. Pero sí el frío se hacía por momentos más intenso. Se puso a nevar a partir de media noche, las luces de las casas se fueron apagando y la música de las canciones de Navidad, seguía mezclándose con el rumor de la corriente del río y el gran silencio de la noche. Se acurrucaron ellos un poco más en la manta y para animarse un poco ella dijo:
- Tú no te preocupes. Sé que un día tendremos una casa propia y en ella sembraremos un jardín aun más bonito que el que hasta hace unas horas tenías.
- Es lo que más me gustaría en este mundo para ti. Así que tú tampoco te preocupes. Nos tenemos el uno al otro y eso, en esta noche de Navidad, es lo más valioso.

Siguió nevando sin parar a lo largo de toda la noche. Al amanecer, las primeras personas que aparecieron por el Paseo de los Tristes, los vieron junto al río. Cerca de las piedras estaban los dos acurrucados y envueltos en la manta, abrazados y mirando para la Alhambra. La lumbre se había apagado y la nieve era tanta que hasta formaba un pequeño montón junto a ellos. Las aguas del río estaban heladas y de las ramas de las plantas, colgaban los carámbanos. Y los que los vieron, al acercarse a ellos, comprobaban que estaban por completo congelados. Con sus sonrisas en los labios, mirando para la colina de la Alhambra y como esperando que alguien les ayudara. Los que se acercaban, unos a otros se decían:
- ¡Vaya noche de Navidad que han tenido los pobres!
Y los que se acercaban un poco más, también comentaban:
- Quizá haya sido para ellos, la más hermosa noche de Navidad que hubo nunca en este suelo.

La calle del poeta

En Granada, por donde el río Darro, por el barrio del Albaicín y por donde la Alhambra, no solo es importante lo que se puede ver con los ojos de la cara. Detrás de lo que a simple vista se observa, escondido en el silencio y tras las cortinas del tiempo, existen y palpitan, misterios, sueños, ilusiones, amores… Los latidos de un alma que trasciende al tiempo y es mucho más grande y bello que todo cuanto pueda verse con los ojos de la cara.

Y un trocito de este universo y la luz que aun todavía irradia, yo he tenido la suerte de conocer. Por donde el río Darro, a los pies de la colina de la Alhambra y justo donde se derraman las casas del Albaicín. Por esa ancha ladera que se enfrentan a la Alhambra, siempre mirando al sol de la mañana y a las altas cumbres de Sierra Nevada. Por esta ladera, hoy toda alfombrada de casas blancas y surcada por estrechas calles, en otros tiempos hubo un pequeño jardín. Al final de una larga y también muy estrecha calle que remontaba desde las mismas aguas del río Darro, casi hasta lo más alto. Hasta un poco antes de donde hoy se encuentra el Mirador de San Nicolás.

En este punto mismo, ya casi al nivel de la Alhambra sobre la colina de enfrente, era donde él cultivó su pequeño jardín. No al estilo clásico sino como en forma de refugio, muy abierto por completo al sol de la mañana, a la hermosa figura de la Alhambra y a las nieves de Sierra Nevada. Porque esto era lo que más le gustaba a él: venirse a este jardín chiquitito, situarse frente a la Alhambra y ponerse a mirar sin prisas para las torres de los palacios. Pero antes de esto y cada día, él subía la empinada calle, siempre muy despacio y siempre mirando a un lado y otro. Y en cuanto encontraba algo que le parecía que ensuciaba la calle, lo recogía y les decía a los que por la calle pasaban:
- ¿Qué trabajo os cuesta mantener limpia esta calle?
Y algunas personas le contestaban:
- Como si esta calle fuera toda tuya y de merengue.
- Es mía, desde luego pero también vuestra. Y porque la considero importante y bella, es por lo que tanto os repito que la cuidéis, conservándola siempre limpia y ordenada.
- Pero esta calle, lo mismo que las demás del barrio, es para ir por ella y no para cuidarla como si fuera de dulce.

Y él callaba, seguía subiendo, recogiendo y ordenando todo lo que por la calle se encontraba y cuando llegaba a lo más alto, se paraba entre las plantas de su jardín. Aquí se sentaba, casi siempre a primera hora de la mañana, se ponía a mirar para la Alhambra, besado por los rayos del sol que le llegaban de frente y se dedicaba a esperarla. No la había visto nunca y por eso ni siquiera sabía cómo era su cara ni el color que tenían sus ojos y su pelo pero la soñaba por los salones de la Alhambra y con esto le bastaba. A veces, mientras miraba en silencio y se deleitaba en su sueño, escribía para ella algunos versos como estos:

Siempre contigo sueño
cada mañana
y siempre desde este silencio
mi corazón te llama.
Quizás nunca lo sepas
pero a mí me basta
soñarte de esta manera
cada mañana.

Y algunos de estos días, cuando él se recreaba en observar la Alhambra, mientras dejaba pasar el tiempo y esperaba verla asomarse a las ventanas de las torres, los conocidos se acercaban y le preguntaban:
- Tú nunca nos lo has dicho pero nosotros estamos intrigados. ¿Por qué te pasas tanto tiempo sentado en este jardín tuyo mirando sin pestañear a la Alhambra?
Y entonces él les decía:
- Porque es ahí donde vive la princesa de mis sueños.
- ¿Qué princesa?
- Vosotros no la conocéis ni yo tampoco pero me gusta pensar en ella, mientras la sueño desde este pequeño paraíso mío.
- ¿Y esperas que venga algún día por aquí a verte?
- Yo no sé si vendrá pero por si acaso lo hiciera es por lo que cada día recorro esta calle y quito de ella toda la suciedad y lo que la afea.

- ¿Y esto tiene sentido?
- Tampoco sé si tiene o no sentido pero ¿sabéis lo que os digo?
- ¿Qué nos dices?
- Que puestos así pienso que nada en la vida tiene más sentido que soñar con una princesa. Es lo más satisfactorio y hermoso y lo que da valor a todas las demás cosas de este mundo y en el otro.
Y los conocidos le respondían:
- Puede ser cierto pero nosotros no lo entendemos.

Pasó el tiempo, el poeta de la calle, todos los conocidos y la princesa de sus sueños, murieron. La calle la transformaron muchas veces a lo largo de los años y nadie, absolutamente nadie hoy recuerda los hechos y comportamientos de aquel hombre. Sin embargo, cuando he comentado esta historia con las personas, algunos sí que me han dicho:
- En Granada, en el río Darro y en la Alhambra, no solo es importante lo que se ve con los ojos de la cara. Hay que saber descubrir y gustar el alma y belleza de todos estos sitios y a través del tiempo. Porque esto, quizás solo esto, sea lo verdaderamente valioso y eterno.

Las rutas más bellas del
Parque Natural de Cazorla
Segura y las Villas



José Gómez Muñoz
romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es
Tlf 691360567 / 958 185252

Profesor Vicente Callao, 7
Facultad de Teología
Granada, Andalucía, España